

PUBLICACIONES
DEL INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS
SUPERIORES DE MONTERREY

Serie: Letras

3

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL
DE ALONSO QUIJANO

MONTERREY

1970

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL
DE ALONSO QUIJANO

PUBLICACIONES
DEL INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS
SUPERIORES DE MONTERREY

Serie: Letras

3

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL
DE ALONSO QUIJANO

por

TERESA AVELEYRA A.

Premio del Sexto Concurso Literario Cervantes

MONTERREY

1970

Primera edición: 1970

Derechos reservados

*(c) 1970, Instituto Tecnológico
y de Estudios Superiores de Monterrey
Carretera Nacional Km. 982
Impreso y hecho en Monterrey, México*

PRÓLOGO EN QUE SE DAN EXPLICACIONES

Grande es la utilidad y cada día mayor la hondura y amplitud de los estudios críticos y científicos —sólo en cierta acepción científicos— sobre las obras literarias. Esos estudios —función de especialistas— acrecientan las bibliotecas especializadas y suelen ir a mano de otros especialistas. Así se profundiza el saber acerca de ese ente misterioso que es la criatura literaria. Ésta, sin embargo, no ha brotado de mentes y corazones humanos para ser, principalmente, materia de erudición o de conocimiento más o menos sistematizado, sino para ser objeto de comprensión intuitiva y cordial por parte del lector sensible que no es un profesional de la literatura.

Existe y se perfila hoy, cada vez más, el crítico "científico". Pero existe también otra especie más humilde: aquél que se considera como un simple lector, quizá más asiduo, perspicaz o receptivo, y cuyo interés reside, sencillamente, en dar al lector común algunos puntos de vista que éste, por sí solo, tal vez no hubiera tomado. El presente ensayo está realizado en función de este criterio. Dentro del mismo —aprovechado tal vez con excesiva amplitud— me he permitido una interpretación muy libre y una elaboración algo desusada, mediante las cuales intento presentar al lector de nuestros días una visión, en todos sentidos parcial, pero no sin fundamento, de algunos de los múltiples aspectos humana y literariamente interesantes que el Quijote puede revelar a quien lo interroga.

Si se tratara de un trabajo estrictamente erudito, este ensayo podría titularse: "El Quijote, como novela de amor y de amistad"* , pero su mismo carácter ensayístico permite enfocar el tema desde un punto de vista más imaginativo que no se aviene a tal denominación. Evidentemente, la interpretación subjetiva abunda. Aclaro, sin embargo, que se apoya en el análisis y la meditación del texto del *Quijote*. Por eso he querido indicar y glosar, en las notas que forman la segunda parte, los pasajes de ese texto que me han dado los puntos de apoyo para tan libre interpretación.

Reconozco que muchos de esos pasajes citados por mí, sacados de su contexto y en ocasiones fragmentados —unas veces en obsequio a la brevedad; otras, a la conveniencia exegética— tienen o pueden tener un significado lógico y preciso diverso del que les doy. Esto no me detiene para tomar esas licencias interpretativas. Por una parte, sigo a los múltiples teóricos actuales de la literatura que afirman la naturaleza principalmente alógica y emotiva de ésta, por oposición a la naturaleza estrictamente lógica e ideológica de la filosofía o de la ciencia. (El significado emotivo de un pasaje literario suele hallarse en fragmentos, voces sueltas y mínimos detalles expresivos de muy diversas clases). Por otro lado, cedo a la necesidad, a la casi obligación en que nos pone la lectura atenta del *Quijote*, de dar a éste una o muchas interpretaciones personales. Como en todas las grandes obras literarias, su riqueza y profundidad se traducen en una ambigüedad tan magnífica y desconcertante como la de la vida misma. Ante ambigüedades vitales o estético-vitales semejantes, se impone la obligación de pensar, y también de imaginar o conjeturar por cuenta propia.

Mi personaje no es el caballero don Quijote, sino el solterón manchego Alonso Quijano, y las batallas suyas aquí apuntadas no son las de su brazo, sino las de su corazón. Por eso, de las múltiples andanzas quijotescas, sólo seguiré aquéllas en las que me parece que el amor o la amistad del caballero motivan los hechos o tienen con ellos estrecha relación.

El elemento grotesco —tan importante en la estética total del *Quijote*— está aquí soslayado, ya que, ese elemento no existe en la auto-visión de

* Quizá únicamente "como novela de amor". El tema de la amistad entre don Quijote y Sancho está apenas tocado. Por su hondura y complejidad requiere un estudio específico.

Alonso Quijano. Éste, sólo en tres situaciones principales —la de la Sierra Morena, la de la Cueva de Montesinos y la de sus, para mí, falsos proyectos de vida pastoril— tuvo el conato de esa cordura que nos hace reír de nosotros mismos en forma ora dolorosa, ora resignada, ora sincera. Esas tres situaciones están aquí presentadas de manera congruente con mi interpretación de la vivencia afectiva del personaje.

Aunque Cervantes toma al protagonista de su *Quijote* hacia los cincuenta años de edad, en la misma obra hace referencias importantes para el tema que trato, y que se remontan a doce años atrás. Lícito me parece, pues, evocar a Alonso Quijano desde el momento en que —tímido amoroso, célibe casi cuarentón— se enamora a distancia de Aldonza Lorenzo.

La interpretación psicológica está lejos de tener pretensiones científicas: sigue los dictados de una psicología algo empírica, algo intuitiva, sierva quizá de aquella que permite la creación de esos "espíritus posibles" que, según Ortega y Gasset, bastan para poblar con dignidad el mundo de la novela.

Habla, pues, Alonso Quijano. Su soliloquio —diálogo, a veces consigo mismo— nos introduce a un ámbito afectivo henchido por una doble presencia: la de la amada distante (ora ideal, ora real) —"mujer de ausencia", en definición lírica de Gerardo Diego— y la del amigo próximo, objeto de una amistad doliente y nada ecuánime en la que caben —de la ternura a la cólera, del sentimiento de superioridad a la más desvalida sumisión— todos los matices. Las demás presencias que pueblan ese ámbito afectivo actúan en forma subordinada a estas dos: dentro de ellas, por ellas o para ellas.

Del soliloquio de Alonso Quijano he intentado alejar los arcaísmos y, *en lo posible*, las referencias arcaicas, locales y regionales. Pensé que un lenguaje más o menos neutro* haría más accesible al lector contemporáneo el relato de vicisitudes internas que fueron de un imaginario hidalgo manchego del siglo XVII, pero que, en diversa medida y con manifestaciones dis-

* Lograr tal lenguaje, me ha sido difícil, y, las más veces, imposible. En los diálogos, por ejemplo, he tenido que usar un estilo heterogéneo, parcialmente imitativo, que no deja de sonarme falso. Cervantes habrá de perdonar a quien tiene la buena intención de despertar en el lector medio actual, tan desinteresado del pasado clásico, al menos cierta curiosidad por la obra maestra de nuestra literatura.

tintas, pueden ser y son de hombres de todos los tiempos y lugares. Alonsos Quijanos hay por ahí que —selectos espíritus varoniles, frustrados en el impulso amoroso— dan en locuras no tan notorias, pero sí tan admirables, conmovedoras y risibles como la del héroe cervantino. Algunos, también como él, encuentran en Sancho, es decir, en la amistad, la compensación a su desventura.

Para terminar este prólogo, reitero la afirmación de no haber expuesto en este ensayo sino las "imaginativas deducciones" que, en un aspecto restringido, he sacado del *Quijote*. Acaso algún lector encuentre aquí el incentivo para penetrar, por su cuenta, en una gran obra clásica que suele ser desconocida o conocida muy superficialmente. La esperanza de lograr este intento fue la inspiración de estas páginas.

Í N D I C E

Prólogo en que se dan explicaciones	v
Autobiografía:	
Capítulo I - De Aldonza a Dulcinea	3
Capítulo II - Andanzas rumbo a la cordura	19
Notas	51

AUTOBIOGRAFÍA

CAPÍTULO I

DE ALDONZA A DULCINEA

—Estoy solo... Sí, estás solo, don Quijote de la Mancha. Solo, a la luz del velón y al filo de la media noche, solo con tus libros y con tus armas. Limpias las tienes ya. Rocinante, ensillado por tu mano, estará desvelado —como tú aquí— en su cuadra. Vamos pues... No. Espera, aún hay luz en la ventana de Antonia —el ama debe de estar con ella— y Pedro se revuelve todavía en el pajar.¹ Desde aquí se oye rezongar su camastro. Espera. Tienes que esperar. Algún libro, como tantas otras noches, te hará compañía. ¿Éste? Nunca te ha contentado. No has pasado del primer capítulo. ¿Éste? No es malo... Pero no, mejor sería bruñir un poco más el peto de la armadura. Tan tomado de orín estaba, que te costó varias noches limpiarlo... Ya, ya ha salido esa mancha... y esa otra... ¡Qué destellos! Del bisabuelo era la armadura. Gloriosas batallas debió de librar con ella. Bien, muy bien las has pulido y refleja mucho mejor que un espejo. ¿Acaso... acaso es tu rostro ése que, enrojecido por la llama, parece surgir de ella? Sí... ¡No! Es menos enjuto, los ojos tiene más vivos, la tez más lisa, la barba más poblada y menos larga, los dientes más completos, los cabellos más abundantes y nada grises, la mirada... la mirada sí es la tuya, don Quijote. Pero no, no es posible: la imagen se mueve y tú estás quedo, sonrío mientras tú te asombras, abre los labios y va a hablar...

—Yo soy Alonso Quijano, señor de esta casona en la que he nacido y vivido. Tengo treintaiocho años y un caudal sobreabundante de soltería y

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

de ocio. De éste salgo sólo para cazar o leer; aquélla está siempre conmigo. Siempre ha estado, desde mi niñez, y no lograron hacerme compañía ni mis padres, que murieron muy pronto, ni mi abuela,² con la que he compartido casa y pan desde que tengo memoria hasta su muerte, aún tan reciente. Ella, abuela de parte de mi padre, sabía mucho de libros caballescrescos y empezó a reunir la biblioteca que yo he acrecentado. Siempre que veía alguna dueña con tocas, me decía: "—Mira, nieto, aquélla me hace pensar en los caballeros de la Tabla Redonda y en los amores de la reina Ginebra... porque, mira bien, mira nieto, ¡cómo se parece a la dueña Quintaño!" No sé por qué la recuerdo casi siempre con esta última frase en los labios delgados. Tal vez porque ella misma sugería ese parecido. Era buena, pero creo que se avergonzaba de su bondad. Debíó de haber poseído una fría hermosura, su hablar esa seco y duro, menos cuando refería las historias de sus libros. Desde siempre, ella y yo no hablamos más que de aventuras caballerescas. Tal vez, los dos hubiéramos deseado hablar de otras cosas, pero nuestra intimidad recíproca estuvo siempre amordazada... Hablábamos de las hazañas de los caballeros andantes: Amadís, Lancelote, Belianís, Tirante el Blanco... Ese hablar fue la sola compañía que nos hicimos, compañía menguada que, sin embargo, hoy echo de menos... Ahora, muerta ella, tal vez me casaré. Lo he pensado antes varias veces, pero, para un hombre como yo, es difícil. No es por asunto de bienes, sino por tantas cosas... La mujer que me contenta, no me conviene; la que me conviene, no me contenta. Claro, un hombre en mi situación no puede elegir tan fácilmente como cualquier otro... Muchas mujeres se han aproximado a mi vida... Aquélla, la de mi primera juventud, era demasiado hermosa para que yo... Nunca hablé. ¿Para qué? La siguiente no era casera y, además, supuse que su padre no consentiría... El matrimonio que me desbarató la abuela... No, en realidad, yo comprendí que la razón estaba de su parte... Aquella otra mujercita rubia no mostraba toda la virtud que es de desearse en una esposa; la frágil y morena tenía muy pobre salud... Algo —no sé qué— me hizo desconfiar de la hija de la viuda; la sobrina de don Diego, con aquellas manos que debían de ser cálidas, era muy bachillera; la que se hospedó aquí de paso —¡cómo me miraba!— era mi parienta próxima y eso hubiera traído dificultades familiares; la murciana tenía la boca encendida, pero la voz hombruna; la galle-

go, tan dulce, es verdad, era de mal cuerpo, la de los ojos húmedos, —¡aque-
llos ojos!— tan joven como era, ya daba indicios de que llegaría a tener bo-
zo . . . Sí, para un hombre cualquiera es más o menos fácil escoger, pero para
uno como yo . . . Es verdad que todas esas mujeres —y también las otras, que
olvido— eran bellas. Algo hermoso había en cada una. Algo. No tanto,
sin embargo, como en Aldonza, la hija de Lorenzo, el labrador del Toboso.
Ayer la vi por primera vez. Muchas ocasiones he pasado, yendo de caza,
por el lindero de su aldea. Muchas veces he saludado a Lorenzo. ¿Cómo
ha sido que nunca me habló de su hija? ¿Cómo ha sido que nunca, hasta
ayer, la he visto? Verla, no la vi, mas que de lejos y a contraluz —silueta
vertical en el centro de un arco— erguida sobre el cuerpo del campanario
del Toboso. Gritó dos nombres (no recuerdo cuáles) con una voz tan llena
y tan clara como la de una campana. Lorenzo la llamó desde abajo: “—¡Hi-
ja, Aldonza!” Quizá bajó, no pude volver a verla, pero ya su presencia y
su voz habían llenado para mí toda la tarde. . . .³ ¡Es tan niña! . . . No, no es
que yo sea viejo. Y además, Lorenzo es amigo mío, excelente amigo, de esos
que me llaman, no sé por qué, el buen señor Quijano. . . . ¿Si se la pidiera en
matrimonio? Es verdad que mis bienes han menguado un poco, pero la hidal-
guía de mi casa, en cambio. . . . Y ella. . . . ¿podrá amar a un hombre que, por
lo menos, le dobla la edad? (La mujer que sea mía, tiene que serlo por amor).
¡Cuánta juventud hay en ella, cuánta alegría! ¡Cuánto calor de sol habrá
en su piel que presiento suave, aunque oscurecida por la intemperie! ¿Querrá
cambiar la libertad de los campos de su padre por el encierro de esta casa
noble, cierto, pero severa? Sí, sí querrá, si me ama. Y ya, ya la miro avivar
el fuego del hogar en una tarde de invierno; guardar la plata recién limpia,
en una mañana de primavera; recibir de los mozos una cosecha de frutos
maduros, por el otoño. . . . El lugar cobraría vida nueva y la tierra tendría una
nueva fecundidad. Tan nueva como la del vientre que habría de darme, muy
luego, un hijo varón.⁴ Ya la imagino en su primera preñez, llegar a descan-
sar, quizá, en la silla de cadera que solía ocupar la abuela, como quien posa
un fruto que pesa, de puro henchido y maduro. . . . Ya adivino, entre la casera
penumbra, su rostro que aún no he mirado del todo y que ya no puedo olvi-
dar. . . .⁵ Además del ama y de los mozos, tendré que ponerle otros dos
criados, varón y mujer. Ciertamente, en algo, quizá en mucho, habrá que trastor-
mar el gobierno de la casa, que sigue hoy en manos del ama, al modo de

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

la abuela... La abuela... ¿qué diría si supiera que pienso tomar por mujer a una labradora? Mal le sabría, lo sé, y tal vez tendría razón. Bien me aleccionó su experiencia sobre los males que trae cualquier disparidad en el matrimonio. También hay que pensar en la diferencia de edades... Aldonza es muy joven, ¿no me será infiel algún día?... Hidalgo soy y ella es labriega... Labriega, sí, pero hija de sus obras, que serán, que son seguramente las que convienen a la limpieza heredada de sus padres.⁶ Yo sé que seré dueño de un cuerpo intacto y señor de un claro y dócil espíritu... Bien se ha de avenir a los usos de una casa hidalga... Iré, sí, a pedirla en matrimonio... Mas, ¿qué bienes tendrá Lorenzo? Aunque es acomodado, ¿no habré de temer que la hija se me dé impulsada por el interés? Fijar una dote suficiente puede asegurarme contra ese riesgo. Pero ¿acaso no deseo que ella lo reciba todo de mí?... Quiero que sepa que la amo por sí misma, y quiero hacerle ver que soy hombre bastante para darle todo sin recibir nada en cambio. Si la acojo sin dote será más completamente mía, y más derecho tendré a su fidelidad... ¡Ah, ahora lo recuerdo! Desde lo alto del campanario gritó dos nombres: "—¡Martín! ¡Anselmo!" (¿Quiénes serán esos hombres?) Desde lo alto del campanario... (Criados han de ser de su padre) Desde lo alto del campanario, su figura y su voz me llenaron la tarde, y me han llenado la vida... Ya, ya es tiempo de acabar con esta ausencia, de colmar este vacío, de saciar esta avidez y cumplir este deseo. Llega para mí la sazón de la ternura...

—Rocinante ha relinchado. Está impaciente o cansado de soportar la silla inútilmente. No lo dejes relinchar dos veces, don Quijote, o despertará el ama y te será difícil realizar esta noche tu salida... El ama... ¿por qué habrá cambiado tanto últimamente? Te vigila, anda tras de ti —si no cerraras con llave este aposento, ya habría descubierto tu secreto— se queja de que te has vuelto colérico, y te irrita con cuidados innecesarios. Hoy mismo quiso hacerte tomar un caldo a deshora, como si estuvieras enfermo. También Antonia, tu sobrina, ha cambiado... y hasta el mozo Pedro. Todos se han vuelto suspicaces, y se diría que barruntan tu propósito. Pero no, no lo sospechan, y dentro de poco estarás armado e irás cabalgando a través del lugar dormido... Vamos, pues. Hay que empezar por ajustar

D E A L O N S O Q U I J A N O

la gola y... ¿dónde se ha quedado el peto? ¡Ah, sí! Puliéndolo estabas cuando... Hélo aquí, tan brillante como al salir de la forja... Y otra vez, reflejado en él, ese rostro que parece el tuyo...

—Hace años—ya varios años— que murió la abuela y que yo fui al Toboso, a pedir la mano de Aldonza Lorenzo. Antes del alba salí del lugar. Iba a caballo y llevaba el galgo, aunque no la intención de cazar.⁷ Con la primera claridad, un hurón se me puso al alcance, y por seguirlo —sólo por seguirlo— me aparté del camino real. Cuando volví a él, sin haber cobrado la pieza, me dije que ya sería deshora para encontrar a Lorenzo, antes de que saliera a sus faenas. Dudé. Seguí, sin embargo, hasta su lugar y casa, y pregunté por él a su mujer. Al verla y con vago malestar me dije: “¿llegará con el tiempo, la hija, a parecerse a la madre? No, mucho más ha sacado, sin duda, de la agreste finura de Lorenzo...”⁸ Tuve prisa en dejarlas, a la mujer y a su casa, aunque ésta era una muestra de campesina bienandanza. Busqué a Lorenzo donde su esposa me dijo, y no encontré al hombre, pero sí a sus riquezas. Las encontré en la plenitud de sus graneros; en la vastedad de sus campos, bien regados por una red de canales recién abiertos; en el rumor de tropeles, balidos y esquilas de sus ganados; en los gritos y cantos de sus gañanes y cobreros. Algo en mí perdió su fuerza. Pasé por el arroyo —el mismo que corre larga y lentamente, hasta mi lugar— y recordé las veces en que, de muchacho, fui —siempre solo y espaldas de la abuela a nadar en sus remansos, por el verano. Me orillé un poco y, al mirarme en el agua casi quieta, conté los años que me separaban de aquella edad... Pensé que era ya muy tarde para buscar a Lorenzo y decidí salir del Toboso sin dejarme ver. Fui rodeando la casa, blanca de cal y de sol, a esa hora ya despierto. Vi que, en un traspatio, mozos y mozas estaban cribando trigo. Se oían voces y risas, por encima del acompasado canto colectivo. De pronto, la voz de ella se sobrepuso, como domina una señora a sus siervas. Yo espí... no, miré, detrás de un bardal no muy cercano. Ella estaba ahí, tras la espesura del polvo que levantaban las cribas, agitadas por muchos pares de brazos jóvenes y fuertes. No se veía su rostro. Su figura se movía entre dos manchas de un amarillo vuelto ocre por la polvareda y la distancia.⁹ Sin embargo, se percibía la diferen-

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

cia: oro viejo el montón de trigo por cribar; oro nuevo el de trigo limpio. Eso me hizo recordar una historia de la abuela... Me separé del bardal y, alejándome de aquella voz, fui en busca del caballo y del galgo que me aguardaban en un matorral no lejano... Esa mañana, como aún era temprano, cobré varias piezas de caza menor. Mientras volvía a casa con ellas, alguien me dio los buenos días. Era Sancho, el mozo de mi vecino Tomé Carrasco.¹⁰ Su conversación me alivió de una vaga, inmotivada ansiedad:

—Señor Quijano— me dijo— muy temprano me parece para que vuestra merced vaya de regreso a casa con el arzón cargado. Ojalá yo hubiera tenido igual suerte.

—¿Saliste tú también de caza?

—Sí, señor, pero no de la misma que vuestra merced.

—¿Pues qué cazabas?

—Dineros, señor, que fui a pedir al prestamista del Toboso.

—¿Y te los dio?

—No señor, que ya le estoy debiendo algunos desde que mi hija Sanchica empezó con ese mal, que no hay médico que me la ponga buena.

—No sabía que fueras casado.

—Lo soy, para castigo de mis pecados, que deben de ser muchos. Vuestra merced dará gracias al cielo por estar libre de tal yugo...

—Así es, a fe que le doy gracias.

—Ahora que, si vuestra merced quisiera... Muchos... y muchas en el lugar hablan de que vuestra merced está muy solo y debería tomar estado. Yo sé que no faltan doncellas que...

—Vamos, hablador, ¿qué es lo que sabes? ¿Quién...?

—No diré más, señor, que no soy indiscreto. Sólo que hay por ahí una viuda...

—Yo nunca tomaría mujer que lo ha sido de otro... No, una viuda no... ni tampoco una doncella. Bien estoy como estoy. Me basto a mí mismo, y mi libertad es lo que más aprecio.¹¹

—¡Y qué razón tiene vuestra merced, señor mío! Si yo no tuviera mujer y estos dos hijos pequeños, por mi vida que andaría corriendo mundo y no tendría que remar en las galeras del señor Carrasco...

—¿Acaso no es un buen amo?

D E A L O N S O Q U I J A N O

—De bueno a bueno, señor, va diferencia. Éste me da dos ducados cada mes, amén de la comida, lo que basta en tiempos en que hay salud. Pero no quiere saber nada cuando sus criados o las mujeres o hijos de sus criados están enfermos...

—Mala cara te veo...

—Con razón la tengo, señor, que esta hija mía es lo que más quiero en el mundo.

—No se diga que no remedié un mal, pudiendo hacerlo. Toma lo poco que hoy llevo en la escarcela, y estas dos liebres que me están sobrando de la caza de hoy... Pasa luego por mi casa y pregunta por el ama, que ella, como mujer y entendida, algo te dará o dirá que sirva para remediarte. Adiós. Y que Él guarde a tu hija.

—Él pague a vuestra merced, señor. Ahora digo yo que bien se ha ganado el nombre que le dan algunos del lugar, y aun de muchos lugares a la redonda.

—¿Qué nombre es ése?

—El de "Alonso Quijano el Bueno..."¹²

Dejé a Sancho y me fui a mi casa. Estaba inquieto. Rebusqué entre los libros de la abuela. Por fin, en el más usado, el que está impregnado por la grasa de sus manos que siempre sudaban un poco, encontré la historia que había recordado por la mañana: una princesa, cautiva de un hechicero, estaba condenada a separar —interminablemente y en el misterio de un aposento secreto— el oro viejo y el oro nuevo de un tesoro que aumentaba cada día. Un caballero andante vino de tierras lejanas, la libró del hechizo, mató al tirano, devolvió el tesoro a sus legítimos poseedores, que le cedieron una larga parte, y obtuvo la mano de la princesa y el favor del rey, su padre... Aquel día no fui a comer, a pesar de las protestas del ama y de Antoñica. Me encerré en el aposento de los libros y estuve leyendo un volumen tras otro, sin cansancio y sin sueño, hasta casi el amanecer del siguiente día...

—No tardará mucho el alba, don Quijote —tal vez Rocinante se ha dormido de pie— y nadie escuchará tus pasos hacia la cuadra. Vamos, pues...

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

Quizá deberías llevar tres o cuatro de tus libros —los mejores— para alentar con su lectura el valor que te pedirán tus hazañas. ¿Acaso los necesitas? A tu edad —cincuenta años— varón eres aún de fuerte brazo y joven corazón que no requiere más estímulos para lanzarse a pelear por el bien y la virtud, que el sentimiento del honor y de la justicia... y tu amor a... la princesa del Toboso... Bien te ajusta la armadura. Parece hecha a tu medida. Haces buena figura. Aviva la llama del velón para que puedas admirarte en ese espejo, que ya ha perdido, en partes, el azogue. Mira, mírate en él...

—Lorenzo vino a buscarme. Su mujer le había referido mi visita. No me atreví a expresarle el verdadero motivo de ella; dije que quería mejorar el trigo que se da en mis tierras y él me ofreció enviarme a Fermín, el más experto de sus labradores, para que adiestrara a los míos. Se fue. Su visita despertó en mí nuevos y desazonados pensamientos. ¿Sospechaba mi afición por su hija y habría venido para allanarme el camino? Por el contrario, ¿estaría mal dispuesto a dármele y habría sido su visita un medio para precipitar una aclaración definitiva? A veces, ambas cosas me parecían posibles; otras, imposibles las dos, porque yo no había dado, o creía no haber dado, indicios de mis deseos. “—De cualquier modo— me decía muchas veces, en tanto que otras me contradecía— más seguro me será solicitar el corazón de la hija que la razón del padre, por muy hidalgo que yo sea, y por muy amigo mío que él se muestre”. Durante un tiempo de meses —y aún creo que pasó de un año— rondé por su casa sin dar apariencia de ello, pues siempre iba o parecía ir de caza. Camino al Toboso, marchaba sin saber a qué; el regreso lo hacía preguntándome a qué había ido. Entonces me encerraba a leer durante uno o dos días. Una noche, me vino la idea de escribir, yo también, historias semejantes a las que leía;¹³ pero cada vez que tomaba la pluma, únicamente lograba escribir cartas dirigidas a ella; cartas que nunca tuve la intención de enviar. Una que hice y rehice, que pensé y volví a pensar, calculando el efecto de todas sus palabras, durmió largo tiempo en un cajoncillo secreto del vargueño. Otra noche la saqué y estuvo delante de mí, blanqueando sobre el nogal oscuro, durante muchas horas en que recorrí cien y mil veces el aposento. Volví a copiarla, quitando y poniendo, y antes del día estaba con ella cerca del Toboso. Sin pen-

sar, como en sueños, con afán y con fiebre, sin discreción alguna, busqué a Fermín. Es hombre de edad y, durante su permanencia en mi casa, mientras se ocupó de mis trigales, yo lo había conocido como discreto; bien nacido, aunque de humilde condición; de buen entendimiento y digno de confianza. Le di el pliego sellado, pidiéndole su palabra —que me la dio muy firme— de que lo entregaría personalmente a ella, sin decirle de dónde procedía.¹⁴ Yo confiaba que, una vez enterada de quién se lo enviaba, ella habría de responder con la discreción que yo ahí le pedía. Rogué a Fermín que me guardara el secreto con todos, y él me lo juró, aconsejándome, además, que no apareciera por el Toboso hasta que él mismo me llevara la respuesta, lo cual haría con toda la prontitud posible. Diez días estuve en espera. Durante ellos, me fatigaron las importunaciones de mi ama y de mi sobrina para que comiera y durmiera, como si de ello tuviera necesidad.¹⁵

—Señor tío, hoy le he preparado una sustancia que lo hará dormir toda la noche sin despertar...

—¿Crees tú, Antonia, que no duermo yo por alguna debilidad de estómago o de cabeza? No, si no dejo de dormir porque me sobra vigor del cerebro y del cuerpo qué ocupar en la lectura o en el ejercicio de la caza.

—Dirá mejor vuestra merced, señor mío, que ocupa ese vigor en no sé qué ires y venires nocturnos, por el aposento de los libros, y aun por los patios y corrales, que, aunque envejezco, no he perdido el oído que me hace seguir, de noche, a vuestra merced, paso a paso...

—Te ruego, ama mía, que te ocupes de tu propio sueño sin vigilar el mío, que, pasados ya los cuarentaicinco —pues bien sabes que los tengo pasados— un hombre debe de haber aprendido a gobernar su vida y ocupaciones, sus días y noches, sus ayunos y vigílias... si le viene en gana tenerlos. Y no te digo más.

—No fue mi intención importunar a vuestra merced, sino cuidar de su salud, como es mi obligación y me hizo encargo la señora, su abuela...

—Ni yo, señor tío, quise más que mostrar que le quiero bien...

—Mirad, amigas, que mi salud está buena y que no necesito sino que se me deje hacer mi voluntad. Bobas mías, no hay que pasar cuidado por mí, sino vivir tranquilas. Tú sobrina, que lo eres derechamente, como hija de mi misma hermana, aplícate a hacer randas y otras labores que te preparen para tomar estado, cuando sea Dios servido; y tú, mi buena ama, cuida de

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

esta rapaza y de los criados —ya pocos nos van quedando— que con eso y tu años encima (que ya serán más que los míos) creo que tienes bastante.

Pasaron otros días, Fermín no aparecía, y yo desesperaba. Pensé que mi embajada había tenido mal éxito, por la torpeza del mensajero o por el desdén de ella, que me daba la callada por respuesta, y con eso, la negativa. Dejé y volví a tomar las esperanzas muchas veces, y me enfraqué de nuevo en mis lecturas, sin atreverme a aparecer por el Toboso. Olvidé casi del todo la administración de mi hacienda¹⁶ y el aposento de los libros se fue llenando más cada día, a costa del monto de mis haberes y de mi servidumbre, y en beneficio de un librero toledano que solía visitar a mis amigos, el licenciado Pero Pérez, cura de la parroquia, y maese Nicolás, el barbero.¹⁷ Por fin, otra vez, con iguales descuido y afán que la anterior, fui al Toboso. Busqué a Fermín en su propia casa y lo encontré echado en cama por unas calenturas. De ella se levantó para sacar, de una arquilla cerrada con llave, mi pliego sellado e intacto. "—Señor Quijano—me dijo—ella no quiso recibir el pliego si yo no le decía quién lo enviaba. No lo miró siquiera, y me explicó, además, que no sabía leer.¹⁸ Estas calenturas han sido la causa de que yo no haya podido... y por ser asunto tan secreto no he querido enviar a vuestra merced un mensajero... Pero siéntese, mi señor, que le veo muy mal rostro. No parece sino que es vuestra merced el enfermo... Y en verdad que me parece que tiene fiebre... ¡Juana! ¡Mujer! Ven aquí y trae un vaso del vino mejor para el señor Alonso Quijano..." El vino de Fermín me pareció bueno; y sus consejos, discretos y seguros. Salí de su casa al atardecer, con la firme determinación de buscarla, encontrarla y descubrirle mis pensamientos. No pregunté por ella, sino me anduve a hurtadillas rondando la casa, el traspatio, los graneros, y hasta la iglesia, en cuya torre la vi por primera vez. Con la última luz del día me hallé, de cara hacia el poniente, cerca de un extenso prado. En él, mozos y mozas de campo habían puesto marcas y jugaban a tirar la barra. Tomaba cada quien su turno, lanzaba, y luego varios medían, entre voces y risas, la distancia alcanzada. Ella estaba presente y lanzó también, tres, cuatro, cinco veces... Sus cabellos —a medias sueltos y esparcidos por la viveza de los movimientos— eran, al parecer, muy negros. Adiviné que la belleza de aquel rostro correspondía a la del cuerpo: negra silueta entonces, movible sobre el malva

del ocaso. Cuando preparaba el lanzamiento, su brazo y el venablo dibujaban en el cielo un zigzag oscuro. El torso, al inclinarse hacia atrás, hacía más frágil la cintura y más nítida la curva del pecho. Después de lanzar, bajo la plegada basquiña, sus piernas se alcanzaban una a otra dos, tres, cuatro veces, en fácil movimiento, como si el cuerpo fuera inmaterial y los pies —que adiviné breves— no tocaran siquiera el suelo... Me quedé largo tiempo tras una espesura, pesados como plomo los miembros, en blanco la mente, loco el corazón. Luego empecé a repasar y repetir —como uno de esos pegadizos estribillos que, a veces, no podemos arrojar del pensamiento— lo que Fermín me había dicho cuando le pregunté por qué Lorenzo aún no habría casado a esa hija: "—Es algo alegre, señor, y un poquito montaraz. Honesta, eso sí, pero no invulnerable al amor, aunque creo que le teme un poco..." Absorto, no miré que los mozos retiraban las marcas y empezaban a dejar el campo. Cuando, impulsivo, salí de la espesura al prado, ella me daba la espalda y caminaba en grupo con varias de sus labradoras. Juzgué imprudente hablarle ante tales y tantos testigos, y sólo la seguí a distancia, por el prado ya penumbroso, hasta adivinarla entrando en casa de su padre...

—Todo ha salido bien, don Quijote. Nadie te ha oído ni visto bajar y cruzar el patio, a la luz del velón que ahora duplica su llama en los ojos de Rocinante... Verifica si está bien cinchado... ¡Qué bien luce con esa montura que, así aderezaste, que parece casi nueva!¹⁹ Es verdad que no pudiste conseguir almohadillas para los estribos, pero, en cambio, los has limpiado tan bien que relucen como el oro. Fue bueno escoger los más anchos y fuertes. Necesitarás ir seguro para entrar en batalla... Levanta éste un poco más... Bien pulido está, por dentro y por fuera —Pedro no hubiera hecho otro tanto— y puedes mirar tu propio rostro en la superficie del honcón...

—He adquirido nuevos y mejores libros. Algo ha de costarme mi afición. He tenido que vender la parte mejor de mis tierras labrantías. El comprador ha sido un pariente de Lorenzo, y así, éste sabrá ya de la mengua

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

de mis bienes.²⁰ Es verdad que ahora ya no importa. Quiero yo a su hija por sólo querer a quien lo merece, porque reúne toda virtud, belleza y discreción. En esto, las de más alto linaje no pueden comparársele, y por estas prendas merecía haber nacido princesa. A ninguna que estuviera por debajo de ella podría haber amado un hidalgo, un caballero como yo...

Este año las lluvias han tardado. El calor abrasa, y aun parece quemar el cerebro, así de día como de noche. Los humores se calientan en el cuerpo, y hay en torno un como desasosiego de todas las cosas. No se puede leer ni hacer cosa alguna. Por matar el tiempo, me he puesto a limpiar las armas que fueron de mis bisabuelos. Lo hago en secreto pues sé que al ama no ha de parecerle bien...

Las cosechas también sufren la sequía. Si no llueve pronto, se perderán.

Voy —como casi todos los vecinos que poseen o trabajan tierras— a la ermita recién bendecida del beato Isidro, labrador de Madrid. Vamos todos a pie, aunque está lejos, cerca del Toboso; y el cura va dirigiendo unas rogativas por la lluvia, que yo apenas intento responder... Al llegar a la ermita, el clamor de cánticos y rezos se me hace intolerable. Hay una multitud en torno mío... No, no es verdad, estoy solo, completamente solo bajo el disco del sol, en medio de un silencio que se oye como el sisear de un aire largo y caldeado... No veo, no puedo ver nada, sino esa ascua encendida en el cielo...

Es de tarde y ha bajado la sombra. Estoy tendido entre un macizo de arbustos. Alguna frescura me da la escasa humedad que conservan. Quiero incorporarme y no puedo. Llamo, pero mi voz no basta para penetrar el silencio. Bastan, sí, muchas voces que empiezo a percibir, aunque mis ojos sólo vean —a través del ramaje— confusas siluetas que se aproximan...

—Mira, comienza a anubarrarse por aquel lado, creo que el beato Isidro nos mandará la lluvia...

D E A L O N S O Q U I J A N O

—Amén, amigo Antonio, y ahora habrá de nuevo alegría y juegos después de las labores. Si hoy llueve, esta misma noche tendremos canto y baile en casa de Lorenzo.

—Acorta el paso y deja que nos alcancen las mozas. Ya no estarán malcontentas y podremos darnos un buen rato hablando con ellas.

—Será mejor sentarnos, amigos.

—No. Pongámonos los cuatro de través al camino, para no dejarlas pasar: ¡Aldonza! ¡Marica! ¡Juanilla! ¡Mirad que ya viene la lluvia!...

—Lluvia has dicho, Martín? ¿Por dónde viene, si está el cielo despejado por los cuatro lados?

—Mira bien, Aldonza, aquella nube de color de tus cabellos...

—¿Tan pardos son? ¡Mirad, amigas, qué mal sabe requebrar este rústico de Anselmo!

—No son, sino negros y tan suaves, que si me dejas tocarlos...

—Toca y... basta, no más que los cabellos. Y vosotros, apartaos del camino que aunque no llueva —que bien veo que ésa es una nube falsa— queremos llegar pronto a casa.

—¿Que es nube falsa, dices? ¿Quieres apostar, Aldonza?

—Apuesto, Martín.

—¿Qué cosa?

—La primera danza del baile que hará mi padre esta noche... si llueve.

—¿Y la segunda conmigo?

—Contigo la segunda, Antonio. Tan segura estoy de que no habrá lluvia...

—¿Y si la hubiere?

—Nos divertiremos. Andad, vamos ya.

—No, esperad. Descansemos un poco sobre la hierba.

—Sea pues...

—Sea...

—Bien nos vendrá esa lluvia, a todos, y muy especialmente a Juana, la viuda de Fermín, y a su hija que está por casarse.

—¿Por qué lo dices?

—¿No sabes? Si la vieja pierde su cosecha, tendrá que echar mano de la dote de la hija...

—Sí, el prestamista no quiere aguardar para el pago de una deuda.

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

—¿Es deuda grande?

—Debe de ser. Se la echó encima cuando el marido tuvo aquellas calenturas, de que murió...

—¡Aquí está! ¿No dije bien, Aldonza? ¡La primera gota ha caído!

—Gota, sí pero no de agua. ¿No oyes, bobo las urracas que anidan en estos árboles?

—¿Y ésta? ¿Y esta otra? ¿Y aquel relámpago? ¿Serán también las urracas?

—¡Ay, no, que ya llueve! ¡Hay que correr!

—Te he ganado la apuesta, Aldonza...

—Y yo. Tendrás que darme las manos para bailar esta noche.

—Os las doy desde ahora, que tenemos que tomar juntos una larga carrera... ¡Juanilla, Marica, venid!

Veo por la espalda una villana que corre, dando las manos a dos rústicos que, hombro con hombro, la acompañan...²¹ El agua me baña la cabeza, el rostro y las barbas, y empieza a calarme las ropas. La bebo con avidez y parece que con ella voy bebiendo cólera. Una marea de furia me va subiendo por el pecho. He gritado... ¿Qué he dicho?... Voy corriendo a campo traviesa... ¡Mirad, mirad que echarse sobre la dote de una doncella, cuando sólo su madre, viuda y anciana, puede mirar por ella! ¡Ah, no! Familia son de Fermín y aquí estoy yo para defenderlas...²²

Señor cura... maese Nicolás... ¿un médico?... empapado y furioso... dicen que fue contra uno que presta dinero... golpes, sí, y después le arrojó las monedas a la cara... no es nada, sólo un golpe de sol, bastarán unas sangrías... nunca antes mi señor tío... no hay que llorar, ama... cuidado, mucho cuidado... las ropas desgarradas y las faltriqueras vueltas de revés... reposo y sueño... sueño... sueño... nada más.

—Por fin, don Quijote, estás libre. Cabalgas por el campo antes del día. La luna —que la tenemos clara después de las últimas lluvias— te deja mirar tu imagen —¡buen caballero haces!— en el agua de esta acequia...

D E A L O N S O Q U I J A N O

—Bien hiciste, Alonso Quijano, en salir por la puerta falsa del corral.²³ Lejos está ya tu lugar y, más lejos aún, el Toboso...

—Yo soy el caballero don Quijote, y tengo que velar por ellas: por Juana, la viuda, y por su hija, doncella por casar...

—Yo soy Alonso Quijano... Amo y soy amado. Ella es hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada y alta por linaje... Pero no puedo parecer ante ella hasta tener qué ofrecerle, hasta haberla merecido. Ella se llama... Dulcinea del Toboso.

CAPÍTULO II

ANDANZAS RUMBO A LA CORDURA ²⁴

Abro los ojos. Desde el lecho en que estoy tendido, a través de un ventanal, miro el postrer momento de un ocaso apacible.

Debe de ser éste un aposento alto del castillo, porque he alcanzado a vislumbrar abajo y no muy lejos, un almiar y un caserío. Las heridas que recibí por vengar un agravio²⁵ me han sido curadas por la misma hija del castellano. Con sus padres, me recibió a la puerta del castillo; con su doncella, me aderezó aposento y lecho; con su madre, se llegó a mí y puso sus manos en mis heridas... He visto su rostro muy cerca del mío, he oído su voz, como a lo lejos, he sentido sus ojos fijos en mis ojos...²⁶

¡Ah, dura cosa es no poder recibir el amor que se nos ofrece en una mirada ni gozar la belleza que se nos rinde! Pero nosotros, los caballeros andantes, hemos de matar a la soberbia, a la envidia, a la ira, a la gula y al sueño; y también a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos...²⁷ Este código he cumplido desde que fui armado caballero: por amor a Dulcinea hice justicia a un mancebo en contra de su opresor; liberé de su cautiverio a unas princesas; hice merced a Sancho, mi vecino, trayéndole como escudero mío; combatí con varios gigantes, alcancé cumplida victoria sobre un mal caballero y defendí a una pastora de quienes la acusaban y perseguían por no querer amar... ¡No querer amar! Libre es para no amar quien no desea

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

sufrir. O, ¿acaso no sufre más quien no puede amar, o quien ama sin recompensa, quien no puede conquistar la recompensa de su amor?...

Ha bajado del todo una noche sin luna. El aposento está oscuro. Aún estoy maltrecho y no puedo dormir... Los cortinajes de la puerta se apartan. En el claro está ella, la hija del castellano. El claro se desvanece. Ella viene a mí con paso callado y cuidadoso. Ya está conmigo, en mi lecho, en mis brazos... Y sin embargo no está, no puede estar conmigo, porque yo no puedo, no debo acogerla. ¡Oh, mi señora Dulcinea!²⁸

—¿Sancho amigo, duermes? ¿Duermes, amigo Sancho? Esto que ahora quiero decirte me has de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi muerte, porque soy enemigo de que se quite la honra a nadie... Vino a mí la hija del señor de este castillo. ¿Qué te podría decir del adorno de su persona? ¿Qué de su gallardo entendimiento? ¿Qué de otras cosas ocultas que dejaré pasar intactas y en silencio?²⁹

—Señor, este desván tiene una puerta sola. Yo no he dormido, y a mí me pareció ver que se apartaba la estera que la cubre, y que entraba la criada de la venta que llaman Maritornes. Podría jurar que nadie más ha entrado.

—Estos aposentos de los antiguos castillos, Sancho, suelen tener puertecillas secretas, disimuladas entre los tapices y colgaduras... Por una de esas puertas debió de entrar ella, la más hermosa y noble doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. Vino hasta mi lecho. Mis manos supieron del afán de las suyas, de la suavidad de sus cabellos, del estremecimiento de su cuerpo bajo el delgado cendal... Pero yo he propuesto a mi corazón no cometer alevosía a mi señora Dulcinea... Además, conjeturo que el tesoro de la hermosura de esta doncella le debe de guardar algún encantado moro, y no debe de ser para mí. Con ella estaba yo cuando recibí el golpe de una mano gigantesca y sobrenatural... Creo que perdí el sentido, no tan del todo que no advirtiera cómo alguien la arrebataba de mis brazos... Hubo un sucederse de ruidos y de silencios cercanos y distantes... Una repentina luz me hizo conocer del todo el dolor de su ausencia y percibir unas presencias fantásticas y extrañas. Luego volvió la oscuridad, que ha sido larga, muy larga desde entonces...

D E A L O N S O Q U I J A N O

—Larga, sí, señor, y vuestra merced al menos puede decir que tuvo en sus manos aquella incomparable hermosura que ha dicho; pero yo, ¿qué tuve?...

Curado, y otra vez caballero en Rocinante, he partido en busca de nuevas aventuras. El castellano y su familia salieron, con numeroso cortejo, a despedirme. Ella me miró largamente. ¿Volveré a verla?...³⁰ Buen guía ha sido Sancho, a través de la Sierra Morena.³¹ Al entrar por estas montañas se me ha alegrado el corazón, y no sabría decir por qué. Buena es, a veces, la soledad. No sé si fue buena para Beltenebros y todos los andantes caballeros que a ella se acogieron para llorar la ausencia o la infidelidad de sus damas. Buena sería para mí, por algún tiempo. Quisiera pensar a solas. Buena, muy buena sería para llorar por Dulcinea como lloró Beltenebros por Oriana, para enloquecer como Orlando por Angélica. Buena sería para pensar en tí, Aldonza³²... ¿qué he dicho?... para penar por vuestra ausencia, mi señora Dulcinea del Toboso...

—Digo, Sancho, que yo he de quedarme aquí y tú has de ir al Toboso.

—¿A qué, señor, si vuestra merced es servido de hacérmelo saber?

—A llevar una carta a mi señora Dulcinea, a decirle que por su amor quedo aquí solo y en pena, y a traerme su respuesta.³³

—Yo, señor, le diré tales cosas, que le haré dar a vuestra merced la contestación que de ella aguarda.

—Apresúrate, amigo Sancho, y di a Dulcinea, encarece por tu vida a Aldonza Lorenzo...

—¡Señor!... a ésa yo bien la conozco... ¿Es ella, acaso?...

—Ésa es...³⁴

—¿Que ésa es la señora Dulcinea del Toboso? Confieso a vuestra merced que yo pensaba bien y fielmente que debía de ser alguna princesa, de quien vuestra merced estaba enamorado...

—Bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo, e imagino que todo lo que de ella digo es así, y la pinto en mi imaginación como la deseo...³⁵ Ve, pues, y busca el palacio de Dulcinea, que es uno de los principales y ricos del Toboso, y sé puntual en entregarle la carta y darle mi amoroso mensaje...

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

—Así haré, señor, y no volveré sin la respuesta de mi señora Dulcinea; respuesta tal que ha de sacar a vuestra merced de esta penitencia...³⁶

Estás solo, Alonso Quijano. Sancho se ha perdido ya entre aquel bosquecillo de alcornoques. ¿A qué lo has enviado necio? Llámalo. Desde esta alta peña, quizá lo alcanzará tu voz y regresará... No, no vuelve, va ya demasiado lejos... La hija de Lorenzo se reirá de tu mensaje. Se reirá, con esa risa aguda con que ya la oíste reír una tarde, antes de la lluvia. ¿Lo recuerdas? Se reirá de tu amor... ¡Tu amor! ¿Cómo no reír de amor semejante? Un viejo —mira, mírate en ese remanso— ofreciendo amores a una mujer joven... Un hidalgo enviando requiebros, a través de un rústico, a una labradora... Ella reirá, porque tu amor es risible... Ríe, ríe tú mismo, Alonso Quijano... así... así... más... más todavía... hasta llegar a las lágrimas, hasta caer agotado... ¿Y ahora? Ahora sólo te falta componer y escribir versos, unos versos como convienen a tal amor:

"Árboles, yerbas y plantas
que en aqueste sitio estais,
tan altos, verdes y tantas..."

Bien has comenzado. Busca tus palabras y tus consonantes: "Mi dolor no es alborote..." Bien, muy bien. Ese verso rima con... estricote, pipote, cogote, consonantes muy buenas para el caso... ¡Ah, por supuesto, rima también con quijote... ¡Quijote! ¡Don Quijote! ¡Don Quijote de la Mancha! Ese es mi nombre y aquí, en la Sierra Morena, he de echar el sello a todo lo que puede hacer perfecto y famoso a un andante caballero... ¿Qué dices? ¡Loco eres, Alonso Quijano, loco has de ser...! ¿Por qué no pediste a Sancho que guardara tu secreto? El Toboso entero se reirá de tí. Se reirá Aldonza. Se reirá Lorenzo. Se reirán sus gañanes y cabreros... ¿Y por qué no reír, si es bueno, si es alegre reír?... Ríe, ríe de nuevo tú también, Alonso Quijano, ríe!...³⁷

—¡Señor, señor mío! Soy yo, Sancho Panza, vuestro escudero, que está de regreso con la respuesta... ¿No me escuchais, señor?... ¿Será posible

que lo tenga así, flaco, amarillo y muerto de hambre aquella villana, hermosa, sí, no lo niego... Y aun eso, ¿quién sabe, puesto que no fui a verla? Ha mucho que no la veo, y debe de estar ya cambiada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire... De cualquier modo yo diré a mi amo que la he visto y que ella ordena... Señor, gracias al Cielo que vuestra merced abre los ojos.

—¿Eres tú, hijo Sancho?

—Sí, yo mismo señor.

—Gracias a Dios. Ayúdame a levantar, que siento una gran flaqueza.

—Pues ¿no ha de sentir señor mío? ¿Dónde se ha de sufrir que un caballero andante, tan famoso como vuestra merced, sin qué ni para qué, se vuelva loco por una...?

—Calla por Dios, Sancho, y ayúdame. ¿Qué nueva disposición es ésta que muestras?

—Que estoy colérico, señor, y basta. Pero, dejando esto aparte, ¿no quiere vuestra merced saber la embajada que traigo?

—Sí, quiero. Pero aguarda un poco, que esta debilidad mía no sufre recibir de inmediato las alegres, o amargas noticias que me traigas. Aguarda, que tengo miedo de lo que vas a decirme...

—Las buenas nuevas, señor, antes dan salud que causan daño. Sabed que mi señora Dulcinea os manda salir de este lugar e ir al del Toboso, donde os queda esperando...

—¿Ir al Toboso? (No puedo, no puedo verla...) No iré, Sancho, porque estoy determinado a no parecer ante ella hasta haber cumplido hazañas que me hagan digno de su gracia...³⁸ Pero... ¿quién es la hermosa señora que te acompaña? ¿Qué hace en estas asperezas? ¡De rodillas ante mí!... Levantad, levantad, señora mía, que ni vuestra condición, ni vuestra hermosura, ni la riqueza de vuestro atavío consienten tal cosa...

—No me levantaré, señor caballero andante, si primero vuestra cortesía no me otorga el don que le pido.

—Yo le otorgo, señora, que lo que en tan suave voz es pedido, digno será, sin duda, de ser ejecutado...

—Mi señor don Quijote, como me llamo Sancho, que bien puede vuestra merced atender la demanda de esta señora infanta, princesa de un gran reino de Etiopía, que llega a vuestra merced para pedir auxilio.

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

—Ya la atiendo, Sancho. ¿Qué pedís, señora mía?

—Yo, señor, pido que me deis venganza de un traidor que, contra todo derecho divino y humano, me tiene usurpado mi reino.

—Digo, señora, que así lo otorgo y prometo. Vamos de aquí, en el nombre de Dios, a favorecer a esta gran princesa...

Verdad, grandísima verdad es que yo soy el incomparable don Quijote de la Mancha... Una princesa ha venido de tierras lejanas para pedir el esfuerzo y el favor de mi brazo.³⁹ Una princesa —¡y qué hermosa!— ha estado a mis pies y ha besado mis manos para agradecer mi promesa... ¿Sueñas, Alonso Quijano? ¿Era bulto verdadero y no fingido el que sentiste en tus brazos cuando la hiciste levantar de la tierra?... Es verdad, grandísima verdad que yo nací, por querer del Cielo, en ésta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro. Yo soy aquél para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Esos peligros son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestre...⁴⁰

De camino hacia el reino de la señora infanta, nos ha quedado el castillo donde una vez vino a mí, de noche, aquella doncella. Ha salido a recibirme, dando, a hurto de sus padres, muestras de mucha alegría. Yo he acogido, con grave continente, el homenaje de los castellanos, y no he querido que mis ojos dieran, mirando a su hija, indicio ni señal que pudiera ser en mengua de su honra. Bien hubiera querido atreverme a mirarla después, a todo mi sabor y talante, pero algún enemigo mío, encantador o hechicero, ha quebrantado mi nunca desmentida fortaleza y me ha sujetado con invisibles lazos al mismo lecho, en el mismo aposento que ocupé en este castillo la primera vez. Tendido en él, inmóvil, oigo subir hasta mí apagadas voces de mujeres. En ellas ha sonado mi nombre varias veces. Nada he podido percibir con claridad, hasta que el amainar del viento tras el ventanal, ha dejado llegar algunas frases:

D E A L O N S O Q U I J A N O

—Sí, muy quebrantado... de más provecho le será, el dormir que el comer... aquella vez no pagó a mi marido la posada... el arriero lo molió a puñadas, creyendo que a él buscaba Maritornes...

—...Un señor muy bueno, madre, y que me da mucha mucha pena... dicen que fueron los libros de caballerías...

—Los libros de caballerías dicen cosas muy lindas... cuando cuentan que se está una señora, debajo de unos naranjos, abrazada con su caballero...

—Los caballeros desdeñados me hacen llorar, de compasión que les tengo... yo no sería tan desalmada ¿para qué es tanto melindre?...

—Calla, niña, que no está bien a las doncellas saber ni hablar tanto...

—Yo le he dicho que soy infanta de un reino de Etiopía que me ha sido usurpado, y él me ha prometido...

¡Es verdad! Ahora recuerdo que he empeñado mi palabra de caballero y debo cumplirla sin demora. ¡Atrás, enemigos míos! ¡Más ha de poder mi esfuerzo que todos vuestros sortilegios y encantamientos!... Ya estoy libre de vuestras malas ataduras... Ya estoy en pie, ya empuño la espada, ya os doy encuentro frente a frente... ¡Ahí va esa estocada... y ésa... y esa otra...! Nada importa, sino acabaros, aunque haya de bañarme en vuestra sangre de la cabeza a los pies...

—¡Teneos, digo, teneos, loco disparatado!

—¡Que no hay tal enemigo, señor, que son odres; y es vino lo que os parece sangre!

—¡El mejor vino que tengo... que tenía en la posada! ¡Ay de mí!

—¡Tenedle, por vuestra vida...!

—Ya he cumplido con mi promesa. De hoy más quedo libre de la palabra que os di, altísima princesa...

—Princesa... ¿cual princesa? No, sino venid acá y despertad de ese sueño que...

—...vos podeis volver a la posesión de vuestro reino, y yo...

—...así, ponedle en el lecho...

—...y yo puedo presentarme a mi señora Dulcinea del...

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

—...Arropadle bien, que estaba sudando como un galeote, y con aquel caldero de agua fría del pozo...

—...Agradezco, altísima princesa, vuestro ofrecimiento de otorgaros por mi legítima esposa y hacerme entrar en posesión de vuestro reino...

—...¿Qué está diciendo?

—...de vuestro reino, juntamente con la posesión de vuestra persona...

—Habrà que sujetarle a la cama, o volverà a las andadas y vive Dios que...

—...mira, hijo Sancho, mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar...

—Así, ahora una buena fricción en los miembros, para calmarle del todo. Señora ventera, ¿puede traernos unos paños calientes?

—...Pero no, Sancho, que si el consejo que me das de que me case con la señora infanta es porque llegue a ser rey y pueda hacerte mercedes...

—Una tisana, sí, bien caliente...

—...no temas, hijo Sancho, que sin casarme, me han de dar una parte del reino... y en teniéndola... ¿a quién he de darla sino a ti...?

—Ahora no hay más qué hacer sino dejarle tranquilo...

—...a ti, Sancho, a ti, que yo no puedo casarme...

—...vamos saliendo, sin ruido...

—...a ti, Sancho...

—Cerrad la puerta... no, sino dejadla entornada, para que podamos oír si vuelve a darle el arrebató.

—...a Sancho, a Sancho... no puedo casarme...⁴¹

¿Quién te despierta, don Quijote? ¿Quién te sujeta con fuerza sobrenatural, quién te lleva en hombros, qué voz desconocida te habla?: "—¡Oh Caballero de la Triste Figura! Encantado vas y así conviene para el buen éxito de tus hazañas y la ventura de tu amor. Después de esta prueba, yacerás en uno con tu amada Dulcinea y de ese ayuntamiento nacerán tus hijos. No quedarás defraudado, mas antes es preciso que sufras este nuevo encantamiento y seas llevado en ésta que parece jaula sobre éste que parece carro de bueyes..."⁴²

D E A L O N S O Q U I J A N O

Don Quijote de la Mancha, no resistas, que a los encantamientos no es posible hacer resistencia alguna. Échate pues, en el heno de esta jaula, y tenle por cama blanda y tálamo dichoso, que prefigura el que ha de unirte, conforme a la profecía que has oído, a tu amada Dulcinea. Ni tengas por humillante la traza en que vas, enjaulado sobre una carreta, pues tantas maneras de encantamientos han sufrido los andantes caballeros, que luego redundan en su mayor honra y fama. ¿Y Sancho, qué será de Sancho el bueno? ¿Dónde está?

—Sancho, Sancho, yo confío en tu bondad que no me dejarás en buena ni en mala suerte, y si por mi corta ventura no puedo darte yo en recompensa el gobierno de la ínsula que te tenía prometido, al menos tu salario no ha de perderse, que en mi testamento tengo declarado que se te ha de dar...

—No dejaré a vuestra merced, señor mío, y déme a besar entrambas sus atadas manos, a través de los barrotes de esta maldita jaula que...

—¡Mirad, mirad! Un hombre enjaulado sobre una carreta de bueyes...⁴³

—¡Muerto va! Esa flacura y amarillez no son sino de cuerpo muerto...

—No va, sino dormido sobre el heno...

—Y aun no dormido, que lo he visto parpadear y menearse un poco.

—¡Por mi vida! ¿No es nuestro compatriota, el señor Alonso Quijano?

—Y no es ése Sancho, el criado que llevó consigo al salir de aquí?

—¡Sancho, Sancho! ¿Qué es de vuestro amo?

—Señor cura, maese Nicolás, ¿qué ha ocurrido al buen señor Quijano? ¿Por qué le entráis así en el pueblo, en domingo y en la mitad del día, por medio de la plaza?

—¡Lástima le tengo! Enfermo debe de estar...

—Corre, muchacho, y ve a dar las nuevas a la señora Antonia Quijana y al ama...

—Risa me da...

—Y a mí. Verdaderamente el señor Quijano está loco y no se habrá encontrado otra manera de traerle a su casa...

—¡Oh señor, y que así os haya puesto vuestra maldita locura! ¿Qué diría la señora, vuestra abuela? Vamos, llevadle pronto a casa...

Encantado vas, don Quijote, y nada pudieron contra el encantamiento los ardidés con que Sancho logró sacarte de ésta que parece jaula. Tú mismo

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

hubiste de pedirle ayuda para volver a ponerte sobre el carro encantado.⁴⁴ Y ahora te maltrata una confusión de sonidos y de voces. Cierra, cierra los ojos a ese sol que, cayendo a plomo, te los hiere... ¿Dónde estás? ¿Quiénes te han levantado en peso para sacarte de tu prisión?... Puertas conocidas son éstas por las que te hacen entrar... y el lecho, ¡Oh sí, el lecho, para dormir y descansar al fin!... ¿No es ésta tu cama —la que fue de tus padres— de columnas taraceadas y cielo azul y blanco, roto en aquel extremo? ¡Ah! la cubierta de lino que viste bordar a la abuela... ¡La abuela! Los almohadones... la camisa limpia... dormir y descansar... ¡La abuela!

Un mes hace que reposas, don Quijote, de tus pasadas aventuras.⁴⁵ Ya es tiempo de emprender otras nuevas. El bachiller Sansón Carrasco, hijo del antiguo amo de Sancho, te aconseja acudir a las justas de Zaragoza. Sí, ahí lograrás fama para tí y honor para tu señora Dulcinea... Bien te han sentado este reposo. De nuevo estás seguro de la fuerza de tu brazo, seguro de tí mismo. Sí, Alonso Quijano, vuelve ahora al Toboso, busca a Aldonza Lorenzo, descúbrele sin embozo tus sentimientos... Iré allá derechamente y hablaré con ella. Sancho vendrá conmigo.

—Larga ha sido la jornada, Sancho, mas la tengo por buena, pues nos ha traído a la vista del Toboso, con la cual se me alegran los espíritus. Quiero pedir la bendición de mi señora Dulcinea, para proseguir con ella mis hazañas. Por ahora, hemos de aguardar ocultos entre estas encinas, a que caiga del todo la noche.

Sí, debo esperar a la completa oscuridad para entrar en el lugar sin ser notado... Ya anochece.. Voces, de diferentes sonidos, aumentan el silencio. Los habitantes del Toboso deben de haberse ya recogido. ¿Entraré ahora? No, que la noche es entreclara y podría ser que... Esperaré... esperaré...

—Ya debe de ser la media noche. Vamos ya. Sancho, hijo, guía al palacio de Dulcinea; podrá ser que la hallemos despierta...

D E A L O N S O Q U I J A N O

—Señor, ¿es hora ésta, por ventura, de hallar la puerta abierta?

—Con todo, busquemos la casa de Lorenzo... el palacio de Dulcinea, que ya entonces pensaré lo que debo hacer...

—Señor, en esta oscuridad todo es topar sin saber con qué se topa. Y a todo esto, ya, viene el alba y no será acertado dejar que nos halle el sol en las calles. Mejor será que volvamos al abrigo de una espesura...

—Dices bien; y yo me ocultaré, en tanto que tú vuelves a la ciudad a buscar, a ver y hablar a mi señora. ¡Dichoso tú!... Éste es un buen sitio para esconderse. Aquí puedo yo quedar mientras tú vas a darle mi embajada. Y mira, hijo, todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatas como ellos fueren, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón acerca de lo que al hecho de mis amores toca. Ten memoria y no se te pase de ella cómo te recibe: si muda de color al tiempo que le estuvieres dando mi embajada; si se desasosiega y turba oyendo mi nombre...⁴⁶

¿En qué podrá demorarse Sancho? Ha transcurrido ya toda la mañana y ya mediando la tarde. Confío en el mensajero pero temo... ¿qué puedo temer? ¿Acaso no mandó ella a decirme a la Sierra Morena que viniera a buscarla en el Toboso?⁴⁷ ¿Habrá mudado de parecer en el tiempo que ha transcurrido? O por el contrario, ¿estará bien dispuesta y aun habrá hablado de ello con sus padres? No, más bien habrá callado como discreta, hasta que podamos encontrarnos. ¡Encontrarnos al fin! ¿Cómo seré acogido? ¿Cómo serán su rostro y toda su persona mirados despacio y frente a frente? ¿Será silvestre pero fina, como la silueta que entreví tres veces en el campanario, en el corral, en el prado? ¿Será rústica y villana como la risa que, una tarde, escuché coreada por la de dos labriegos? ¡Oh Dios, si estuviese Sancho conmigo! ¡Tal vez será mejor que vuelva aquí sin haberla hablado, tal vez sería preferible aguardar mejor ocasión... Temo que ahora...

—Ensanche vuestra merced, señor mío, ese corazoncillo. Aquí estoy de vuelta y...

—¡Sancho!...

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

—Buenas nuevas, señor, No tiene vuestra merced más que picar a Rocinante y salir al camino para ver a la señora Dulcinea y a otras dos doncellas tuyas que vienen cabalgando al encuentro de vuestra merced. Pique, señor, y venga...

¡Santo Dios! ¿Tánto me ciega la turbación que no la reconozco?... No, no es ella, ciertamente, esta labradora chata y carirredonda, esta mujer mal hablada y maloliente, esta hembra de groseros modales... No es ella, pero podría serlo... ¿Qué otra cosa se puede esperar de una rústica, criada en el trato de gañanes y cabreros? ¡Ay de mí! Más me valdrá cesar en esta búsqueda y apartar por siempre la memoria de esa labradora... ¡Aldonza! ¡Abuela, abuela! ¿Qué debo hacer? Tengo miedo... Es imposible salvar las diferencias de condición, de edad, de fortuna... Es imprudente y necio intentarlo. Me alejaré de aquí, iré... ¿Adónde? ¿Adónde podré ir ahora?

—Ahora digo, Sancho, y diré mil veces, que soy el más desdichado de los hombres. ¿Has visto cómo el maligno encantador que me persigue ha encantado a la sin par Dulcinea⁴⁸ y la ha convertido en la más fea y sucia labradora que sea posible imaginar? Con todo, cabalguemos de nuevo...

—Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres, pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias. Vuelva en sí vuestra merced y avive y despierte y coja las riendas a Rocinante...

—¿Adónde hemos de ir, Sancho? ¿Adónde, ahora?

—¿Acaso no llevamos, señor, el camino de Zaragoza?

—Tienes razón. Tal vez lleguemos aún a tiempo para las fiestas. Ahí don Quijote mostrará de nuevo quién es...

—Bien dice vuestra merced. Y yo digo que vale más la salud de un solo caballero andante que todos los encantos y transformaciones...

¡Encantos! ¡Transformaciones! No, sino realidades. Es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño.⁴⁹ ¡Aldonza! ¡Qué lejos estás de cuanto yo de ti había imaginado! Sin duda, tu realidad será muy próxima a la de esa campesina. ¿A qué buscarte?... O más bien, ¿por qué no buscarte y conocer de todo en todo tu realidad?

D E A L O N S O Q U I J A N O

—¿Qué remedio habrá, Sancho, para volver a mi señora Dulcinea a su ser verdadero? No encuentro ninguno y este pensamiento me lleva fuera de mí...

¿Qué podrás hacer, Alonso Quijano, para llegarte a Aldonza y saber de ella la verdad entera? Nada, no puedes hacer nada. Más te vale huir...

—Tal vez, Sancho amigo, podré hallar arte, modo o manera cómo desencantar a mi señora Dulcinea. Si tal lograre, no envidiaré la mayor ventura que alcanzó o pudo alcanzar el más venturoso caballero andante...⁵⁰

¡Aldonza, Aldonza! Tal vez me engaño sobre la realidad de su persona. ¿Acaso pueden haber mentido los vislumbres y las noticias que he tenido de ella? No, no puede haberse equivocado tanto mi corazón. Volveré al Toboso... No, no volveré, no puedo volver. Jamás podré llegarme a ella, hablarle ni recibir su respuesta...

—Señor mío, encomendémoslo todo a Dios, que él es sabedor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos... Dios sabe la verdad de todo...

—Dices bien, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero, dejemos estos fantasmas y volvamos a lo nuestro...

Bien quisiera olvidarlo todo por un tiempo, no pensar más, poder hablar con alguien que no me recuerde mi desventura... ¡Bizarro caballero se acerca ahora por el camino! Hermosa y bien aderezada su yegua tordilla, rico su verde gabán de paño y terciopelo. Buen rostro tiene el caminante: cincuenta años quizá —los mismos que yo tengo— las canas, pocas; la vista entre alegre y grave... Hombre es sin duda de buenas prendas, con quien se podrá conversar un trecho de este camino que no sé adónde me lleva...

—Señor galán, si es que vuestra merced lleva el camino que nosotros y no importa darse prisa, merced recibiría en que fuésemos juntos. Yo soy don Quijote de la Mancha. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo y quise resucitar la ya muerta caballería andante. He cumplido gran parte de mi deseo... Ruego a vuestra merced me diga quién es, pues yo le he dado parte de mi condición y de mi vida.

—Yo, señor don Quijote, soy hidalgo más que medianamente rico, si bien reparto mis bienes con los pobres. Mi nombre es don Diego de Mi-

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

randa, mis ejercicios son la caza, la pesca, la moderada lectura y los con-
vites con mis amigos y vecinos. Vivo en paz y procuro poner en paz a los
que están desavenidos. Paso la vida con mi mujer y con mis hijos...

—Los hijos, señor don Diego, son pedazos de las entrañas de sus pa-
dres...

—¿Los tiene, por ventura, vuestra merced?

—No señor, que por el ejercicio de la andante caballería se han de
dejar todas las cosas. Ni hogar ni familia tengo y recorro los caminos
con el solo objeto de socorrer viudas, amparar doncellas y favorecer ca-
sadas, huérfanos y pupilos... Y ¿quién duda que vuestra merced no me
tenga por hombre disparatado y loco? Con todo, advierta vuestra merced
que no lo soy tanto, ya que cada uno ha de cumplir con sus precisas obli-
gaciones. Cumpla las suyas el caballero que de su casa y hacienda sus-
tenta a su familia y a los menesterosos... A mí me cupo en suerte ser uno
del número de la andante caballería...⁵¹

—Digo, señor don Quijote, que vuestra merced ha hablado con la ra-
zón. Y ahora, lleguémonos a mi aldea y casa, donde descansará vuestra
merced del pasado trabajo...

—Tengo el ofrecimiento a gran favor, señor don Diego... Sancho, va-
mos allá.

Casa ancha como de aldea —¡cómo se parece a lo que fue y hubiera
podido seguir siendo la mía!— las armas, de piedra tosca, encima de la
puerta de la calle; la bodega, en el patio; la cueva, en el portal... casa
de un hidalgo labrador y rico, que disfruta en sosiego de sus bienes y fa-
milia... ¿Por qué esta inquietud que me atosiga el alma? Quizá el mucho
regalo que en esta casa he tenido, no se hizo para mí. Debo partir. ¿Hacia
dónde? Poco ha de importar, con tal de salir de aquí...

—Mi señora doña Cristina, mi señor don Diego, verdaderamente agradezco las mercedes que, durante cuatro días me habeis hecho, pero ahora
debo ir a cumplir con mi oficio...

—Honrada ha sido nuestra casa con la presencia de tan ilustre caballe-
ro. Y ¿cuál es ahora el destino de vuestra merced, señor don Quijote?

D E A L O N S O Q U I J A N O

—La ciudad de Zaragoza, para las justas que cada año en ella se celebran.

—Días faltan para esa fecha, y vuestra merced podrá entretener aún el tiempo con nosotros.

—Hartos favores he recibido ya en esta casa, además de que las muchas y admirables cosas que de la cueva de Montesinos he oído por estos contornos, me mueven a buscarla y entrar en ella, para ver si ahí me espera alguna nueva y famosa aventura...

Poco trecho hemos cabalgado y ya se me hace largo y solitario el camino. Silencioso va Sancho y me parece bien. No quisiera renovar la plática que dejamos a las puertas del Caballero del Verde Gabán; más bien, espero hallar pronto algún caminante a quien ofrecer mi compañía y pedir su conversación... Bien me parece para ello aquel grupo: dos estudiantes y dos labradores. Algo tendrán que contar... He de picar espuelas, ya que caminan más sus pollinas que Rocinante...⁵²

—Señores, pues veo que hacéis el mismo camino que yo, ofrezco a vuestras mercedes mi compañía, si no os parece mal acortar un poco el paso. Yo soy don Quijote de la Mancha y soy andante caballero que va a buscar aventuras por todas las partes del mundo...

—Si vuestra merced no lleva camino determinado, venga con nosotros y verá las mejores bodas que hasta hoy se habrán celebrado en la Mancha. Son ellas de un labrador, el más rico de toda esta tierra, y una labradora, la más hermosa que han visto los nombres. Ella, por nombre Quiteria, tuvo amores desde niña con un zagal vecino suyo, pobre pero de muy buenas prendas, llamado Basilio. Ahora ella se casa con Camacho el rico...

—Bien me parece, señores, iré con vosotros a estos desposorios, por ver lo que hace el desdeñado Basilio. ¿Qué piensas tú de este caso, Sancho?

—A la fe, señor, yo soy de parecer que el pobre ha de contentarse con lo que hallare. Y apostaré un brazo a que puede Camacho envolver en monedas a Basilio, y si esto es así, bien boba fuera Quiteria en desechar las joyas y galas que le debe de haber dado y le puede dar Cama-

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

cho... Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento es el dinero...

—Por quien Dios es, Sancho, te ruego que calles. Bien se ve que eres villano y de aquéllos que dicen: "Viva quien vence!"

—No sé lo que soy, pero si sé, mi señor don Quijote, que el día de hoy se prefiere el haber al saber y que dos linajes solos hay en el mundo, que son el tener y el no tener...

—¿Has acabado tu arenga, Sancho?

—La acabaré, señor, porque veo que vuestra merced recibe pesadumbre con ella...

—Quiera Dios, Sancho, que yo te vea mudo antes que me muera, y aún así, nunca llegaré tu silencio a donde ha llegado lo que has hablado...⁵³

¡Extraños sucesos los de esta boda! ¡En el último instante, la astucia y el amor de Basilio han vencido a las riquezas de Camacho. Ello es posible cuando se tienen juventud y apostura y bienes de naturaleza. De otra manera, inútil es luchar contra el interés. El pobre como bien dijo Sancho, no puede combatirlo. Menos aún si le faltan otras prendas que puedan inspirar amor...

—¿Qué pensamientos trae ahora vuestra merced, señor mío?

—Pienso, Sancho, que la necesidad y la pobreza son enemigos declarados del amor...

—Pues yo ahora pienso que entre el sí y el no de la mujer no me atrevería a poner una punta de alfiler, porque no cabría. Ahora veo lo que es el amor...

—¿Adónde vas a parar, Sancho, que seas maldito? ¿No puedes hablar de otra cosa sino de amor y de matrimonio? Éste es un lazo que si una vez le echas al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay que desatarle... Es un viaje que dura toda la vida, en compañía que has de llevar a la cama, a la mesa y a todas partes... La propia mujer no es mercadería que una vez comprada se devuelve o se cambia, porque es accidente inseparable que dura lo que dura la vida...⁵⁴ Calla pues, y vámonos encaminando a la cueva de Montesi-

D E A L O N S O Q U I J A N O

nos, porque tengo gran deseo de entrar en ella y ver a ojos vistas si son verdaderas las maravillas que de ella se cuentan...

Bien se está aquí abajo, en la penumbra sosegada de esta cueva, despierto ya —no sé si a medias— tras el profundísimo sueño que aquí se adueñó de mí. Estoy solo de nuevo, como en la Sierra Morena. Sancho estará fuera y arriba, aguardando el momento de recoger la sogá que me ha descolgado a esta sima. ¡Qué silencio! Aquí puedo recordar... y también olvidar mis tenaces pensamientos... Casa como la mía, la de don Diego de Miranda... mujer e hijos como yo podría tenerlos... amor entre iguales el de Quiteria y Basilio... compañía que ha de durar toda la vida... ¡Amor entre iguales! Como el de don Quijote a Dulcinea... ¡Dulcinea! Ella está encantada y nada de cuanto yo obrare bastará para volverla a mí y a su verdadero ser. ¡Dulcinea!... ¿Existe acaso?... Sólo Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica, y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo.⁵⁵ ¡Aldonza! No era, ciertamente, la labradora que vi en el Toboso... ¿Quién me dice que no se le parezca? ¿Y qué me dice que no se parezca, más bien, a Quiteria, labradora también, tan hermosa bajo los adornos nupciales? De cualquier modo, no es par mío. En linaje, no me iguala, en riqueza, me supera... En edad y en otras prendas naturales... Viejo soy yo, rústica es ella... ¿Qué hago persiguiendo una ridícula quimera? Bien me vería yo a su lado, flaco y asendereado, tan de pocos cabellos y de tan pocos dientes... Buena figura haría ella en la casa de mis padres, brincando por el lugar, llenándolo de voces y, quizá, también de ese olor hombruno y como de ajos crudos que suelen tener las campesinas... ¡Dulcinea del Toboso! Verdaderamente, altísima señora, estás encantada y convertida en una soez labriega... ¡Don Quijote de la Mancha! ¿Dónde está tu denuedo y cuáles han sido, hasta hoy, tus hazañas? La mejor de ellas ha sido hacer reír —cara a cara o a tus espaldas— a quienes se han topado contigo. A todos, aun a Sancho. Y es que, en verdad, eres risible y es risible Dulcinea, y es risible tu amor. Bien estaría ahora que apareciera por aquí la encantada Dulcinea. ¿En qué figura se presentaría? Tal vez estarías tú hablando, en esta cueva de Montesinos con al-

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

gún encantado personaje... eso es, con el mismo Montesinos, que te contaría la triste historia de su primo Durandarte, muerto en Rocesvalles, cuyo corazón fue entregado a la enamorada Belerma. Quizá la misma Belerma, encantada también, aparecería por aquí, y el escudero Guadiana, convertido en río, y la dueña Ruidera con sus hijas y sobrinas, convertidas todas en lagunas. La en otros tiempos hermosa Belerma —cejijunta y chata— ya tendría los dientes ralos y mal puestos, la color quebradiza y las ojeras grandes. Sería fea, en suma, y traería en la mano el corazón amojamado de su querido Durandarte. Montesinos sería un viejo con gorra milanese y un rosario en la mano, de cuentas, mayores que medianas nueces, y dieces como huevos medianos de avestruz... ¡Ah, ah! Seguramente me reconocería como al famosísimo caballero don Quijote de la Mancha y me diría que para mí estaba reservada la alta empresa de liberar a cuantos en esta cueva están encantados. A todos, también a Dulcinea, que estaría aquí convertida en despreciable labradora... Tal vez Montesinos me podría referir algunas cosas sobre encantamientos y hazañas caballerescas de otros tiempos...

—Yo, señor don Quijote, soy Montesinos, y este cuerpo tendido sobre sepulcro de mármol es el de mi primo Durandarte, que acabó su vida en mis brazos y que, después de muerto, le saqué con mis propias manos el corazón, que debía de pesar dos libras... Le eché un poco de sal porque no oliese mal y fuese, si no fresco, a lo menos amojamado, a manos de la señora Belerma...

—¿A qué se debe, mi señor Montesinos, que la señora Belerma se vea tan amarilla y venida a menos?...

Tal vez, estando en estas pláticas, aparecerían por aquellos amenísimos prados tres labradoras, saltando y brincando como cabras. Yo conocería ser la una la sin par Dulcinea —pues traería los mismos vestidos que cuando me la mostró Sancho, a la salida del Toboso— y las otras, aquellas mismas labriegas que venían cabalgando con ella... Tal vez yo me atrevería a hablarle, pero ella me volvería las espaldas y se iría huyendo con tanta prisa que no podría alcanzarla ni lanzándole un venablo. Tal vez querría seguirla, pero Montesinos me aconsejaría no hacerlo, porque sería en balde... Tal vez, estándome hablando Montesinos, yo vería que se lle-

D E A L O N S O Q U I J A N O

gaba a mí, por un lado, una de las dos compañeras de Dulcinea, para darme una embajada de su señora. ¡Qué pena me daría verla con los ojos llenos de lágrimas y escuchar su turbada y baja voz!...

—¡Señor don Quijote, mi señora Dulcinea del Toboso suplica a vuestra merced que, por estar ella en una gran necesidad, sea servido de prestarle media docena de reales, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad!...

Yo buscaría y no hallaría sino solos cuatro reales, los que Sancho me dió el otro día para dar limosna a los pobres. Ésos no más le daría y ella, en lugar de hacerme una reverencia, haría una cabriola, que se levantaría dos varas de medir en el aire. ¡Ah, ah!... Pero, ¿Qué ocurre?... Ya, ya tira Sancho de la soga, ya se aprietan las fuertes ligaduras que me sujetan el cuerpo, ya se levanta éste del suelo, ya me izan y voy, poco a poco, hacia la boca de la caverna... ¿Qué diré a Sancho y a quienes esperen saber los incidentes de ésta mi gloriosa aventura? ¡Gloriosa aventura en la que no ha ocurrido sino lo que he soñado o imaginado! Eso, eso podré contar. Y mientras acabo de urdirlo, mejor será fingir que salgo dormido al extremo de la soga. Mejor será también olvidar a Dulcinea, reír de Dulcinea, reír de don Quijote... Dulcinea padece gran necesidad, ha recibido de don Quijote cuatro reales de limosna... Dulcinea está encantada, Dulcinea no existe... ¿Y Aldonza?...

—Ya te he dicho, Sancho, las maravillas que me acontecieron en la cueva de Montesinos.

—Perdóneme vuestra merced, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios (que iba a decir el diablo) si le creo cosa alguna. Y no digo que crea que mi señor miente!...

—Si no, ¿qué crees?

—Creo que los encantadores que encantaron a toda la chusma que vuestra merced dice que ha visto allá abajo, le encajaron en la memoria todo lo que ha contado y lo que por contar le queda.

—Todo eso pudiera ser, Sancho.

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

—En mala hora bajó vuestra merced, caro patrón mío, al otro mundo. Bien se estaba vuestra merced acá arriba, hablando sentencias y dando consejos, y no ahora, contando los mayores disparates.

—Como te conozco, Sancho, no hago caso de tus palabras.

—Ni yo tampoco de las de vuestra merced, aunque me hiera, aunque me mate por las que le he dicho o por las que le pienso decir, si en las tuyas no se corrige y enmienda.

Razón es lo que parece en Sancho atrevimiento. Bien hace en tomar a risa mis invenciones, pues yo mismo las he inventado para reír... Buscaré a Aldonza y la encontraré. Sí, la buscaré, pero no ahora... Estoy demasiado cansado. Mejor me será, por algún tiempo, seguir el curso de los acontecimientos, tales como ellos se presenten. Por fortuna, Sancho está conmigo, y a la verdad que su interés no merece enojo sino blandura...⁵⁶

Aldonza Lorenzo... ¿A qué pensar en ella ahora? Muchas y muy hermosas mujeres hay en el mundo. No pocas he hallado en estos últimos tiempos. Mi señora la duquesa, a quien vi por vez primera como una bella cazadora —verde el traje, la montura blanca— me hizo merced con su esposo, el duque, de hospedarme en su palacio. Recuerdo aquella tez que no parece sino una espada acicalada y tersa, aquellas mejillas de leche y de carmín, aquella gallardía conque va pisando y aun despreciando el suelo.⁵⁷ Largos tiempos se entretuvo ella conmigo y es tanta su hermosura que, con fatigarme mucho la poca libertad que en la corte se tiene, harto tardé en decidirme a salir de ella. Allí mismo la doncella Altisidora se enamoró de mí, pues bástale a un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga las dotes del alma... No pude corresponder a su deseo, por la fidelidad que debo guardar a...⁵⁸

¡Aldonza! ¿Por qué temo? En la soledad de la cueva tomé la resolución de buscarla, pero hasta ahora no he sentido ánimo para ponerla en obra... No sé si esta resolución es cuerda o necia, y eso pregunté no ha mucho tiempo a quien pensé podría esclarecérmele. Su respuesta fue que mi re-

D E A L O N S O Q U I J A N O

solución era tan necia como acertada... ¿Qué será de mí? ¿Qué será de nosotros?⁵⁹... ¿Qué debo hacer?...

En el mismo castillo de la duquesa, ésta puso a mi servicio cuatro doncellas de las suyas, hermosas como unas flores, mas yo no admití ser de ellas servido, y levanté una muralla entre mis deseos y mi honestidad. Nunca he sido, nunca seré desleal a...⁶⁰

Noticia he tenido de que Dulcinea puede ser vuelta a su primer estado y de que Sancho ha de ser mediador en la obra de su liberación...⁶¹ ¡Santo Dios! Sé que podría, con sólo quererlo, buscar y encontrar a Aldonza Lorenzo. Todo está en regresar al Toboso, mas no puedo, no puedo hacerlo... Sancho, Sancho amigo ¡si pudieras ayudarme a poner en ejecución este propósito!...

Ahora, ahora recuerdo aquella medianoche en que se entró en mi aposento doña Rodríguez de Grijalba, la dueña de honor de la duquesa, mujer que, aunque dueña, es aún moza.⁶² Ni yo soy de mármol ni ella de bronce, y la estancia era más cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde Eneas gozó a Dido... Pero sin otra seguridad mayor que la de mi continencia, hablamos largamente y recibí la confianza de sus desventuras...

También recuerdo aquella selva, aquel abundoso arroyo y aquellos prados, sitios en los que no había lugar para pesadumbres ni melancolías. Si lo hubo para la gracia y cortesía con que aquellas dos hermosísimas pastoras pidieron la merced de mi compañía y me ofrecieron el convite de su presencia y de su mesa. Vestían como pastoras, más no eran sino damas de alto linaje. Los trajes, de tela de oro; los rubios cabellos sueltos por las espaldas, coronados de verde laurel y rojo amaranto... No sin fundamento me ofrecí a sostener durante dos días, con las armas en la mano y en mitad del camino real de Zaragoza, que ellas tienen la primacía de la belleza en el mundo... ¿Y Dulcinea?...⁶³

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

¡Oh Dios! Yo hasta ahora no sé qué lo que conquisto a fuerza de mis trabajos... ¡Ay, si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio!...⁶⁴ ¡Si yo pudiese ir al Toboso, si Aldonza Lorenzo consintiese en ser mi mujer, si lograrse con ella tener paz en mi lugar y en mi casa! Ya ha habido quien —ora aquí, ora allá— me ha reprendido mis andanzas y, sin saber quién soy, me ha amonestado:

—¿Quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante?... Volveos a vuestra casa y tened cuenta en el gobierno de ella y de vuestra mujer y de vuestros hijos...

—Vuélvete a tu casa y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate de estas vaciedades que te carcomen el seso...⁶⁵

¡Mi casa y hacienda, mi mujer e hijos! ¡Ojalá los tuviese!... ¿No podré aún tenerlos? ¿No podré aún alcanzar amorosa compañía y doméstica tranquilidad?...

—Señor nuestro amo, conforme a las cosas que nos han ocurrido últimamente, cada día voy descubriendo lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuestra merced tengo. Harto mejor haría yo en volverme a mi casa y a mi mujer y a mis hijos...

—Si tanto lo deseas, Sancho, no permita Dios que yo lo impida; dineros tienes míos, págate de tu mano. ¿Cuánto te parece que te debo dar más de lo que te daba Tomé Carrasco?

—A mi parecer, señor, con ocho reales que vuestra merced añadiese cada mes me tendría por bien pagado.

—Está muy bien. Veinticinco días ha que salimos de nuestro pueblo; cuenta, Sancho, mira lo que te debo y págate.

—Muy errado anda vuestra merced en la cuenta puesto que, si yo mal no recuerdo, debe de haber más de veinte años tres días, más o menos...

—Me haces reír de buena gana, Sancho, y entiendo que quieres que se consuma en tus salarios todo el dinero que tienes mío. Si esto es así, desde aquí te lo doy y vuélvete a tu casa. Un solo paso no has de dar más conmigo, pues ahora precisamente quieres dejarme...

—¡Ay, señor mío! Yo confieso que para ser asno no me falta más que la cola. Si vuestra merced quiere ponérmela, yo le serviré como jumento todos los días que me quedan de vida. Vuestra merced me perdone y se duela de mi mocedad y de lo poco que sé...

—Yo te perdono, y recoge esas lágrimas y procura ensanchar el corazón...⁶⁶ Vamos, pues, adelante.

Sancho, Sancho fiel, ahora sé que no has de dejarme, por asendereada y sin objeto que pueda parecerle la vida que llevamos. Yo me fío de ti sin reservas; de ti y de los acontecimientos me dejo llevar desde que cambió nuestro rumbo, que era el de Zaragoza, por el de esta ciudad de Barcelona, que ahora nos alberga. A tu segura amistad, Sancho, vivo entregado, y al azar que va trayendo sucesos y novedades para divertir mis pensamientos y mecer este cansancio que no me deja libres ni las potencias del alma ni las del cuerpo...⁶⁷ Aquí hemos conocido, Sancho, el mar, en un amanecer del día de San Juan; aquí lo hemos visto, espaciosísimo y largo, encenderse con el sol que por el más bajo horizonte se levantaba y alegrarse con la tierra y con la claridad del aire... Aquí hemos sido bien hospedados y tratados, hemos visto y oído cosas extrañas y admirables, hemos palpado otra vez la seguridad de una casa donde la discreción, la alegría, la hermosura de una mujer hacen más fuertes los lazos del amor y del santo matrimonio...⁶⁸ Aquí me has visto, Sancho, perseguido y quebrado por dos damas, que han desasosegado mis pensamientos, aunque muy luego los he vuelto a la sin par Dulcinea del Toboso...⁶⁹ Aquí también me has visto —¡ay de mí!— vencido, y has hecho tuyo el dolor de mi derrota...

Fue muy de mañana, cuando yo pasaba, armado de todas mis armas, por la playa. Vi venir hacia mí un caballero, armado también, y que traía pintada en el escudo una luna resplandeciente. Me desafió, en razón de hacerme conocer y confesar que su dama era, sin comparación, más hermosa que Dulcinea. No quise reconocerlo y acepté el desafío y la condición que en él me puso: que si yo saliere vencido, debería dejar las armas y, por el tiempo de un año, retirarme a mi hogar, en paz tranquila y sosiego provechoso. Peleamos y fui derribado. Sintiendo sobre mí la punta

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

de su lanza, afirmé de nuevo la hermosura sin par de Dulcinea y pedí a mi vencedor que me quitara la vida, mas él se contentó con exigir el retiro a mi casa y lugar durante un año. Yo lo prometí, como condición que había sido de nuestra pelea...

—Señor mío, seis días en el lecho, triste y pensativo, es bastante. Alce vuestra merced la cabeza y alégrese, si puede. Levántese ahora, salgamos de esta ciudad, volvamos a nuestra tierra y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos...

—Vamos pues, Sancho. Yo he de ir ahora desarmado y en traje de camino.

—Y yo a pie, por ir el rucio cargado con las armas... Mas repare vuestra merced, que si yo antes estaba alegre, ahora que soy escudero de pie no estoy triste...

—Y yo, cuando era caballero andante, con mis obras me acreditaba; ahora me acreditaré cumpliendo mi promesa. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos a tener en nuestra tierra el año de encerramiento, en el que quizá cobraremos virtud nueva... Yo ahora no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen caminar más que de paso...⁷⁰

Volveré, sí, a mi casa. Buscaré mujer que en ella me acompañe y me dé sosiego. El ama debe de haber mantenido el lugar limpio y en orden, mas será menester cambiar y mejorar algunos aposentos. El vasar está casi vacío... Habrá que reparar varios muebles y añadir al menos algunos taburetes. Bueno será sacar del arcón aquel repostero antiguo con qué cubrir el muro desnudo y ahumado, sobre la chimenea... Los candelabros de sobremesa, ¿estarán aún ahí o habrán salido entre las muchas cosas que se vendieron? Una mujer casera sabrá dar vida nueva al lugar y sacar buen partido de cuanto hay en la casa... ¿Iré primero al Toboso? ¿O más bien...?

—Sancho ¿qué crees tú que ha hecho Dios de la doncella Altisidora: si ha llorado mi ausencia o me ha olvidado...?

D E A L O N S O Q U I J A N O

—¡Cuerpo de mí, señor! ¿Cómo piensa vuestra merced en tales boberías? ¿Acaso se halla en situación de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos?

—No pregunto esto, Sancho, sino por no ser desagradecido. Altisidorra, la doncella de los duques, me quiso bien...

Razón tiene Sancho. Disparate es en mí poner siquiera el pensamiento en esa doncella casi niña, criada en la corte. Vuelvo a olvidar que —viejo y sin dones de naturaleza— no puedo aspirar... ¡Ah, ah, don Quijote, valiente y enamorado caballero! ¿Qué ha sido de tí? ¿Qué de tus hazañas? ¿Qué de tu amor y de tu dama? Todo era humo, todo fue una ficción digna de lástima y de risa. Tanto vale ésa como cualquiera otra. Ahora, que ya no te queda nada ¿por qué no inventas una nueva y aún más risible fantasía?

—Sancho, si no me engaño, éste que vamos cruzando es el prado en que hallamos aquellas dos hermosas pastoras.

—Éste es, señor, mas ellas no eran sino pastoras fingidas.

—Verdad es, pues querían renovar e imitar la hermosa vida pastoril, lo que me parece invención singular y alegre entretenimiento... Si te parece bien, Sancho, yo querría que tú y yo nos convirtiésemos en pastores. Yo compraré algunas ovejas y otras cosas necesarias y nos andaremos por montes, selvas y prados, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes y arroyuelos. Nos darán frutos las encinas, asientos los troncos, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras los prados, aliento el aire claro, luz la luna y las estrellas. Yo sobre todo, nos dará conceptos el amor, para componer versos y canciones con que podremos hacernos eternos y famosos... ¡Tan famosos como el mismísimo don Quijote de la Mancha, caballero de Dulcinea! Deberemos cambiar nuestros nombres: yo me llamaré el pastor Quijotiz y tú el pastor Pancino. Y si nuestros amigos de la aldea quieren unirse a nosotros, Curiambro será el cura hecho pastor, y Carrascón o Sansonino se llamará Sansón Carrasco. El barbero Nicolás se podrá llamar Niculoso, y las pastoras de quienes hemos de ser amantes deberán tener también sus nombres. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

enamorado; el pastor Carrascón, de desdeñado, y el cura Curiambro de lo que a gusto le viniere... ¡Ah, ah!⁷¹

Algún rato he dormido. La luna está en el cielo, pero no en parte que pueda ser vista. Esta oscuridad me oprime y angustia y el pesado sueño de Sancho me deja en soledad. Si muchos pensamientos me fatigaban antes de ser derribado, muchos más me fatigan después de caído. ¿Qué haré en esa vida de forzado retiro? ¿Volveré: a la fría soledad de mi casa? ¿Volveré a mis libros? ¡No, no más libros! ¡Oh Dios, qué fatiga, qué vacío! ¿Cómo podré llenarlo? ¡Ah; si pudiera atreverme...! ¿Podré?... ¡No nunca! Tal vez Sancho...

—Sancho, despierta. ¿Acaso eres hecho de mármol y no cabe en ti sentimiento alguno?. Yo velo cuando tú duermes... De buenos criados es conllevar las penas de sus señores...

—Señor, no soy yo fraile para que en la mitad de la noche se me despierte y levante... Aunque bien sé que, de un tiempo acá, vuestra merced no me deja dormir a preguntas y respuestas, pensé que al menos esta noche podría dormirla entera...

—Sancho, por tu vida, ¿cómo piensas que podré presentarme a...? Cómo habrás de ayudarme a desencantar a mi señora Dulcinea?... Sancho, Sancho, ¿qué piensas del amor que me ha mostrado la doncella Altisidora?...

—Señor, señor, suplico a vuestra merced que me deje dormir y no me pregunte más. Duerma también vuestra merced, que el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertos.

—Sea así, y Dios te acompañe.⁷²

Buscaré, buscaré a Aldonza. He de apresurarme a llegar a mi aldea. Quizá, quizá el Cielo me deparará encontrarla por el camino. Y si no, volveré a salir de mi casa, pero esta vez sólo para buscarla...

D E A L O N S O Q U I J A N O

—Parece, señor, que vamos alcanzando el término de nuestro viaje. Hoy mismo llegaremos a la vista de nuestro lugar. Más presto hubiéramos llegado si vuestra merced no se hubiera detenido tantas veces...

—Aguarda, Sancho, aguarda otro poco, que allá pasa otra señora. Déjame llegar y ver si no es... si no es mi señora Dulcinea, libre ya de su encantamiento...

—Señor, hoy no hemos topado mujer ninguna que no vaya vuestra merced a reconocer si es la señora Dulcinea.⁷³ ¿Por ventura piensa hallarla bajo los vestidos de las que por este camino al polvo y al sol, van caminando?

—Todo puede ser, Sancho amigo... aunque ésta tampoco es ella...

—Venga, señor, suba vuestra merced esta última cuesta, que ya está a la vista nuestro lugar y patria.

—Verdad es, Sancho, bajemos la pendiente y lleguemos allá. (Aún hay trecho en el que quizá pueda encontrarme con ella...)

—Señor, ¿no son esos dos muchachos que riñen Periquillo y Bartolomé?

—Ellos son, un poco más crecidos... Oigamos lo que disputan...

—No te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida...

—Mal agüero es éste, Sancho. ¿No ves tú que aplicando las palabras de este muchacho —las primeras que aquí oigo— a mi intención, ellas significan que no he de ver más a... Dulcinea?⁷⁴

—Señor, repare vuestra merced que lo dicen por otro motivo que ellos solos sabrán, y repare también en que vuestra merced mismo me ha dicho que no hay que creer en agüeros.

—Dices bien y, sin embargo, cierto estoy de que no volveré a verla...

—¿No son aquéllos el cura y el bachiller?

—Ellos son y vienen hacia nosotros.

—¡Señor Quijano, bienvenido! Sancho, tu mujer te aguarda...

—¡Vengan acá esos brazos! Avisada está el ama de la llegada de vuestra merced...

—Señor cura, señor Carrasco...

—¡Señor tío!

—¡Oh, amo mío y señor!

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

—Ama y sobrina mías, abrazadme...

—Señor tío, bienvenido a esta casa donde, de hoy más, llevará vuestra merced una vida quieta y sosegada...

—Así sea, señor mío. Tome vuestra merced mi consejo, que se lo doy como si fuera la señora su abuela y, además, sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda a su hacienda, confiese a menudo, favorezca a los pobres...

—Callad, hijas, que yo sé bien lo que debo hacer y no dejaré de procuraros cuanto os sea necesario, como lo vereis por mis obras. Tampoco dejaré de cumplir lo que debo a Sancho Panza⁷⁵ mas ahora, llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bien...

—“El señor Quijano ha de atender a la salud de su alma, pues la del cuerpo corre peligro...” Esto me parece que ha dicho el médico, y aunque he visto llorar a Sancho, al ama y a Antoñica, yo, al cabo, tengo paz. También tengo sueño. Echados los cortinajes, ¡qué recogimiento en el interior de este lecho que fue el de mis padres! Esa columna, la izquierda hacia los pies, con la taracea estropeada por mis manos de niño... El cielo azul y blanco desteñido, con esa rotura de extraña forma, simétrica, semejante a dos alas desplegadas a derecha e izquierda, como el hueco que hubiese dejado una mariposa al penetrar... Debe de arder alguna lámpara. Un rayo de luz pasa por ese hueco y dibuja la mariposa amarilla sobre la cortina. La cortina del lecho, por el sitio en que el tiempo ha marcado los pliegues en tonos diversos de un rosado marchito, se estremece. ¿Será el viento? La cortina se pliega y se entreabre... Una mano de mujer, blanca, de pulidas uñas, con hoyuelos, una mano de mujer aprieta los pliegues y aparta la cortina...

—Alonso, ¿duermes?

—No, madre.

—¿Te encuentras mejor? ¿Tienes sueño?

—Sueño sí tengo, mas dormir no puedo...

D E A L O N S O Q U I J A N O

—Bebe: esta tisana te hará dormir y sudar y mañana te habrá dejado la fiebre. Esta noche no volverás a tu aposento ni al lado de la abuela. Yo misma he de cuidar de ti...

Quisiera dormir. Me hace daño el llanto de Antonia, allá fuera, y me perturban las voces de Sancho y del ama, del cura y del bachiller que, aunque apagadas, llegan hasta aquí... Dormir y descansar...

Algo oscuro y flotante, que tiene reflejos en la penumbra: los cabellos de mi madre... Manchas claras, movedizas en torno mío: su rostro y sus manos... No veo nada más, todo se va perdiendo en la oscuridad...

—Callad, señor, que el niño duerme. Será mejor que, por esta noche, ocupéis el aposento contiguo.

—Está bien, mujer, mas venid un poco allá conmigo, que luego tornareis a su lado.

—Mirad que la fiebre le tiene inquieto y no será bien dejarle solo.

—Hubiéraisle hecho dormir al lado de la abuela. ¿Amais acaso al niño más que a vuestro marido?

—No, eso no, señor, bien lo sabeis, pero dejarle ahora no puedo.

—Pues no le dejéis, tan sólo os pido...

—No, ahora no... El niño...

—El niño duerme.

—Es verdad... es verdad...

¿Es posible que aún estén todos reunidos casi a la puerta del aposento? ¡Si al menos bajasen la voz! ¡Si el ama la tuviese menos aguda! ¡Si me dejasen dormir de un tirón este sueño, este sueño...!

—Ya he dicho todo a vuestra merced, señora abuela. Nada vi que estaba oscuro...

—Y yo digo y no me cansaré de decir, nieto, que con razón advertí a mi hijo, padre tuyo, que con ésa que tomó por mujer entraría la desvergüenza en esta casa. ¡Mirad que llevar al niño a su propio lecho! De hoy más, no volverás a dormir fuera de tu aposento.

—Abuela...

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

—Calla, nieto, que el haber cumplido los diez años no te da razón para juzgar ni hablar de muchas cosas. Tan pronto como estés bueno del todo te llevaré a confesar y, entre tanto, aquí tienes libros en qué leer, que aunque tratan de amor, no es amor deshonesto. Ahí verás que los buenos caballeros mataban en sí la lujuria y todos los vicios y que sus damas eran, en linaje y en virtudes, sus iguales... Piensa nieto, piensa desde ahora, en la cautela con que habrás de elegir mujer, cuando llegue el tiempo, y en que más te valdrá estar solo que tener mala compañía.⁷⁶

¡Mala compañía! Ahora veo que no fue tal, sino muy buena, la de mi madre para mi padre; y qué buena hubiera sido la de Aldonza Lorenzo para mí. ¡Si hubiese entendido antes lo que hoy he entendido! ¡Si hubiese visto lo que he visto hoy! Ya es tarde, y no serán manos de esposa las que cierran mis ojos. Mas si han de cerrarse para siempre, bien estará que antes vean por el bien de los que siempre mi bien han procurado: Sancho, mi ama, mi sobrina... He de hacer testamento a su favor...

—¡Señor, señor mío! Soy Sancho Panza... Vengo a decir que no se muera vuestra merced, sino que tome mi consejo y viva muchos años... Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que le derribaron por haber yo cinchado mal a Rocinante...

—Yo, Sancho, me voy muriendo a toda prisa. Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo. Quiero que sepas que si, estando loco, te ofrecí el gobierno de una ínsula, ahora, estando cuerdo, quisiera poder darte el de un reino, pues eso merecen tu sencillez y fidelidad...

—Mire, señor, no sea perezoso, sino levántese de esa cama y vámonos...

—¡Sancho! ¿Dónde estás?

—Aquí, señor...

—Sancho, no puedo verte...

—Amo mío ¡no se muera vuestra merced!

—Sancho, yo me fío de ti...

—Señor...

D E A L O N S O Q U I J A N O

—...que no me dejarás...

—Señor mío...

—...ni en buena...

—¡Ay, mi señor!

—...ni en mala suerte...

N O T A S

CAPÍTULO I

DE ALDONZA A DULCINEA

Estas notas hacen referencia a los pasajes del *Quijote* en que he apoyado, con sobrada libertad, la presentación narrativa y, sobre todo, la interpretación psicológica ofrecidas en este ensayo. Las páginas aquí señaladas corresponden a la edición siguiente: Cervantes Saavedra, Miguel de.- *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, en *Obras completas*. Recopilación estudio preliminar, prólogos y notas por Angel Valbuena Prat. Décima edición. Aguilar, S. A. de Ediciones.- Madrid, 1956.

- 1 El nombre completo de Antonia Quijana, sobrina de Alonso Quijano, aparece en el testamento de éste: "...mando toda mi hacienda... a Antonia Quijana, mi sobrina..." (II-74, p.1522). En cuanto al "mozo de campo y plaza" (I-1, p.1037) que servía en casa de los Quijanos, bien pudo haberse llamado Pedro. Inicio, con ésta, una serie de invenciones necesarias para dar coherencia a la forma narrativa de la primera parte de este ensayo. A lo largo del mismo presentaré otra serie de interpretaciones de mayor importancia, que baso en lo que podría llamar "deducción imaginativa", único método que sirve a mis propósitos.
- 2 En su plática con el canónigo de Toledo, Alonso Quijano evoca: "...me acuerdo yo que me decía una mi abuela de parte de mi padre, cuando veía alguna dueña con tocas reverendas: Aquélla, nieta, se parece a la dueña Quintañona..." (I-49, p.1258). Ésta es la referencia más antigua

a la vida del hidalgo y la única que él hace a su ámbito familiar. Este hecho, y la asociación explícita de la abuela al tema básico más aparente de la locura de Alonso: lo caballeresco, me da pie para "deducir imaginativamente" una fijación psíquica del personaje —surgida a edad temprana— a la persona de la abuela. Más tarde volveré sobre este punto.

Aquí parece oportuno aclarar que si, en el curso de este ensayo —simple tentativa de interpretación— empleo terminología ligada a los conocimientos psicológicos, lo hago informalmente, del modo que esos términos suelen usarse hoy en la conversación ordinaria, y sin atribuirles un rigor científico que está totalmente fuera de mi alcance.

- 3 Dice Alonso Quijano de Aldonza — Dulcinea: "...en doce años que ha que la quiero... no la he visto cuatro veces; y aun podrá ser que de estas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba..." (I-25, p.1132). Y dice Sancho de la misma mujer: "Bien la conozco... se puso un día encima del campanario de la aldea a llamar unos zagales suyos que andaban en el barbecho de su padre..." "...tira bien una barra como el más forzudo zagal..." "...no es nada melindrosa... con todos se burla y de todos hace mueca y donaire" (Ibid). Y en otro lugar: "...la hallé... ahechando dos ha-negas de trigo en un corral de su casa". (I-31, p.1165).

Convencionalmente, acomodo esas cuatro situaciones en que Sancho vio a Aldonza, con las cuatro en que, dentro de mi relato, dice haberla visto su enamorado, dado que son situaciones novelísticamente reales de ese personaje femenino, descritas por el mismo Cervantes. Por eso, y para inventar lo menos posible, Alonso Quijano que vio cuatro veces a la labradora Aldonza, la va a encontrar —dentro de mi interpretación— precisamente de esas cuatro maneras: llamando desde un campanario, jugando a la barra, cribando trigo y conversando jocosamente con unos labradores.

Esta nota requiere dos aclaraciones: la primera, que Sancho inventó haber visto a Aldonza cribando o "ahechando" trigo. Sin embargo, tomo ésta como una situación real, dado que Sancho conocía bien, se-

gún su propia expresión, a Aldonza y que, al mentir a su amo diciéndole que la había visto, tenía que hacer verosímil su mentira, adaptándola a alguna realidad por él comprobada.

Finalmente, explico mi interpretación del dicho aparentemente contradictorio de Alonso Quijano: "...en doce años que ha que la quiero ...no la he visto cuatro veces; y... de estas cuatro veces" etc. Yo entiendo, no que la ha visto menos de cuatro veces, sino cuatro cumplidas, pero de lejos, de tal manera, que ese ver resulta, para los deseos del enamorado hidalgo, un "no ver", un entrever, un atisbar, un adivinar y, finalmente, un "inventar" el objeto erótico ideal, con mínimo punto de apoyo en el objeto real.

- 4 Que Alonso Quijano sentía nostalgia de la paternidad me parece "imaginativamente deducible" de varios pasajes del *Quijote*. Hay uno suficientemente explícito: tras la falsa profecía escuchada en la disfrazada "voz temerosa" del barbero, Alonso Quijano quedó "consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió... la significación de ella, y vio que le prometían el verse ayuntado... con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo feliz vientre saldrían... sus hijos..." (I-46, p.1246). Y suplica que no se le deje perecer en su prisión "hasta ver cumplidas tan alegres e incomparables promesas" (Ibid). Otro pasaje revelador a este respecto se halla en el episodio del Caballero del Verde Gabán. Ahí don Quijote dice que los antiguos filósofos ponían el sumo bien, en parte, en tener muchos hijos, y expresa: "...los hijos son pedazos de las entrañas de sus padres."
- 5 El tardío enamoramiento del protagonista del *Quijote* parece haber sido un verdadero "coup de foudre". Al menos, él mismo se declara "imposibilitado de poder entregar su voluntad a otra que a aquélla que, en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma." (I-43, p.1233). El que este fragmento sea paródico de un lugar común de libros de caballerías, no lo invalida como portador de un significado aplicable al protagonista, dentro de la técnica de esa novela realista que es el *Quijote*, por encima de la novela paródica que quiso ser y que, como

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

tal, ha perdido toda vigencia para la casi totalidad de los lectores actuales, ajenos a la literatura caballeresca.

- 6 Notoria es la obsesiva preocupación de Alonso Quijano por la virtud de la mujer amada. Larga sería la lista de los pasajes en que habla de su honestidad, así cuando es para él Aldonza, como cuando es Dulcinea. Se advierte su paradójica inquietud de sentirse seguro al afirmar "el recato y encerramiento con que su padre... y su madre... la han criado" (I-25, p.1132); y ante la cruel inquisición de los duques sobre la realidad y el linaje de Dulcinea, afirma y reafirma desesperadamente que ésta "es hija de sus obras" y que su virtud "la puede llevar a ser reina." (II-32, p.1386).
- 7 Cervantes nos dice en el *Quijote* que su protagonista era "gran madrugador y amigo de la caza". Como tal, poseía un "galgo corredor". (I-1, p.1037).
- 8 Cervantes quiso hacer de Aldonza Lorenzo "una moza labradora de muy buen parecer, de quien [don Quijote] un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo..." (I-1, pp. 1039 y 1040). Son pues, falsas, todas las interpretaciones de Aldonza como una mujer fea, por rústica que haya sido.
- 9 "...ese sol de [la belleza de] la señora Dulcinea del Toboso... no estaba tan claro... y debió de ser que como estaba ahechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le oscureció." Son palabras de Sancho. (II-8, p. 1297).
- 10 Cervantes dice que Sancho fue criado del padre del bachiller Sansón Carrasco, antes de ser escudero de don Quijote (Cfr. II-28, p.1371), y también que los Carrasco eran vecinos del lugar de Alonso Quijano: "... a mí me llaman el bachiller Sansón Carrasco; soy de mismo lugar de Don Quijote..." (II-65, p.1498).

D E A L O N S O Q U I J A N O

Respecto al trato personal de Alonso Quijano y Sancho Panza, antes de su primera salida como caballero y escudero, me parece muy presumible. Aquél no llevó consigo a servidor más próximo: el "mozo de campo y plaza" que tenía consigo, sino que eligió y aún instó precisamente a Sancho para que lo siguiera. Cervantes dice que "solicitó Don Quijote a un labrador vecino suyo" y que "tánto le dijo, tánto le persuadió y prometió" que "con estas promesas y obras tales", el labrador "dejó su mujer y hijos" para seguir al hidalgo... Las primeras palabras, transmitidas por Cervantes, que Alonso dirige a su nuevo servidor son: "Has de saber, amigo Sancho Panza..." (I-7, p.1056); y tras la primera aventura que corren juntos —la de los molinos de viento— "acudió Sancho Panza a socorrerle a todo correr de su asno", y después le muestra solicitud mucho más que de criado reciente, y afecto que sólo puede venir de tiempo atrás. Viéndolo estoico en el sufrimiento, le dice: "...sabe Dios si yo me holgara si vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera..."

Por otra parte, no hay que olvidar aquel pasaje en que Cervantes dice: "...Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad, sabiendo él quién era y habiéndole conocido desde su nacimiento..." (I-13, p.1075). La frase es ambigua, pero no cabe duda de que se refiere al nacimiento del propio Sancho, obviamente de menos edad que su amo. Recuérdense aquellas palabras del escudero a su señor: "Vuesa merced me perdone y se duela de mi mocedad..." (II-28 p.1372).

Tanta disparidad parece haber entre el hidalgo y el campesino que, durante mucho tiempo los comentaristas superficiales del *Quijote* hicieron de ellos el símbolo de una antítesis que sería ocioso recordar. De hecho, dentro de la "realidad" novelesca, ninguna afinidad inicial justifica la genuina, la insoluble y única amistad que, magistralmente, Cervantes va a crear entre sus dos personajes. Ahora bien, sabemos por experiencia que la afinidad previa a la recíproca elección de amistad entre personas totalmente dispares, suele surgir de una aproximación afectiva, a veces debida a circunstancias fortuitas, en el momento psicológico adecuado. Por eso, me he permitido imaginar un encuentro en el que cada uno de los futuros amigos va, cordialmente, a "poner el dedo en la lla-

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

ga" del otro: Sancho, sin querer, en la dolorosa inhibición erótica de Alonso; y éste, a su vez, en la inquieta solicitud de Sancho por Sanchica, evidente en todos los lugares correspondientes de la obra. No me detengo a analizar ésta porque mi protagonista, en este ensayo, no es Sancho Panza. Materia para otro estudio —y muy nutrido— hay en las vivencias afectivas del humanísimo escudero.

- 11 No podía faltar a Alonso Quijano esa característica del solterón, desde cierto ángulo simpática: la de ostentar su amor a la libertad. Sólo traeré a cuento un ejemplo. Para mí es evidente que Alonso Quijano no fue indiferente al "enamoramiento" de Altisidora. Lo demuestran muchos indicios: su mismo temor a la proximidad de la atrevida doncella, su confesión de que los deseos de ésta "engendraron en mi pecho... confusión..." (II-58, p.1471); su desazón por demostrar a Sancho —quizá a sí mismo— que verdaderamente él, Alonso, pudo haber encendido el violento "amor" de la jovencita: "Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso; pero también conozco, que no soy disforme; y bástale a un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga las dotes del alma..." (Ibid). En otro lugar, y ante Roque Guinart, sus palabras revelan el aprecio sentimental que tiene a los tocadores o paños de cabeza que Altisidora le puso meñosamente entre el equipaje (II-60, p. 1481); y de regreso de Barcelona, después de la conversación del lacayo Tosilos con Sancho, pregunta ansiosamente a éste: "Dime ahora: ¿preguntaste a ese Tosilos... qué ha hecho Dios de Altisidora: si ha llorado mi ausencia, o si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos...?" Y poco después parece dolerse: "Yo no tuve esperanza qué darle ni tesoros qué ofrecerle, porque los más tengo entregados a Dulcinea..." (II-67, p.1503). Sin embargo, instantes después de haber perdido definitivamente esa amorosa ocasión, proclama el más satisfecho amor a la libertad: "Cuando Don Quijote se vio... libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora,... volviéndose a Sancho le dijo: La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los Cielos... y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres." (II-58, p.1469). En tales circunstancias, es presumible que Alonso Quijano se refiera al cau-

D E A L O N S O Q U I J A N O

tiverio del matrimonio; aun cuando aluda también al encierro en la corte de los duques.

- 12 La bondad de Alonso Quijano se va imponiendo a su mismo creador, a medida que el Quijote va creciendo en profundidad y sentido humano. Éste es uno de los misterios de la verdadera y grande creación literaria: que las criaturas de fantasía viven por sí mismas y a su modo la vida que han recibido de sus autores, y que éstos —como verdaderos padres— las dejan desenvolverse, madurar y cumplir su destino personal, doliente o dichoso. En la segunda parte de la obra, Alonso Quijano y su locura están muy lejos de la burla sarcástica que hacen de él los supuestos "Académicos de la Argamasilla" (I-52, pp.1269-1270), y el autor va amando cada vez más, a ese hijo del que —por pudor varonil de su ternura— ha dicho ser sólo padrastro.

Hacia el final de su obra, y al acercarse ya la prevista e inevitable muerte de su héroe, Cervantes menudea las referencias a esa bondad que define a Alonso Quijano, aunque muy pocos lectores lleguen a apreciarla, superficialmente entretenidos —como generalmente están— en la locura que define a don Quijote. De los 126 capítulos que forman la obra, los 9 últimos contienen el mayor número de precisiones —algunas no venidas a cuento— sobre esa bondad. Así, por ejemplo, un labrador desconocido y el lacayo Tosilos llaman a don Quijote "señor bueno" (II-66, pp.1501 y 1502); el mismo protagonista se compara así con el de la obra de Avellaneda: "—Yo—dijo Don Quijote— no sé si soy bueno; pero sé decir que no soy el malo" (II-72, p.1517); al recobrar la cordura, exclama: "—Dadme albricias, buenos señores, de que ya no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de *Bueno*" (II-74, p.1521); Cervantes afirma: "... verdaderamente... en tanto que Don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno, a secas, y en tanto que fue Don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían". (Ibid. p.1522). A las últimas palabras del héroe de Cervantes pertenecen éstas: "... fuí Don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he di-

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

cho, Alonso Quijano el Bueno" (Ibid); y finalmente, el cura afirma: "Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno". (Ibid). Después de la muerte del protagonista, "el Cura pidió al escribano le diese por testimonio cómo Alonso Quijano el Bueno había pasado de esta presente vida y muerto naturalmente..." (Ibid, p. 1523).

- 13 "...muchas veces le vino el deseo de tomar la pluma y darle fin [a la historia de don Belianís] y sin duda alguna lo hiciera y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran." (I-1, p.1038).
- 14 Que el tímido Alonso Quijano haya podido valerse alguna vez y con sana intención, de un "tercero" me lo ha sugerido el episodio de los galeotes. De estos desdichados libertados por él, seis, interrogados por su libertador, exponen la causa de su condena. De esos seis, sólo uno merece un largo comentario de precisa disculpa y plena comprensión por parte de don Quijote. Ese culpado es un anciano alcahuete. Es éste uno de los muchos pasajes curiosos del *Quijote* en el que, dentro de la fina ambigüedad serio-cómica de Cervantes, se percibe una intención más concreta y profunda. ¿Por qué, sino por alguna experiencia propia o ajena —yo prefiero imaginar que por ambas— puede Alonso Quijano expresarse del viejo "tercero", de la manera siguiente? "... por solamente... alcahuete... no merecía él ir a bajar a las galeras, sino a mandarlas... que es oficio de discretos y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida [y] convenía hacer elección de los que en la república habían de tener tan necesario oficio... y de esta manera se excusarían muchos males que se causan por andar este oficio entre gente... de poco entendimiento..." (I-22, p.1114).
- 15 El capítulo II-6, p. 1290, y siguientes, son los que más revelan sobre el modo de las relaciones de Alonso Quijano con su ama y su sobrina. También se puede acudir al final del capítulo II-73, p.1520.

D E A L O N S O Q U I J A N O

- 16 "...olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda... vendió muchas fanegas de tierras de sembradura para comprar libros de caballerías en qué leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber de ellos... (I-1, p.1038).
- 17 "...el Cura... Pero Pérez... y el Barbero del lugar [maese Nicolás] eran grandes amigos de Don Quijote..." (I-5, p.1050).
- 18 Para inventar esta carta escrita por Alonso Quijano a Aldonza Lorenzo, me da pie la que Cervantes nos dice que envió don Quijote a Dulcinea, desde la Sierra Morena. Como intentaré explicar más adelante, en la Sierra Morena —término de la segunda salida de don Quijote— la locura amorosa de Alonso Quijano tuvo su primera crisis de conversión o evolución hacia la cordura. Hasta la Sierra Morena, el admirable loco manchego tiene la visión unilateral que le da su monomanía, esto es, la visión de don Quijote, caballero andante enamorado de Dulcinea. A partir de la Sierra Morena, a esa visión monomaniaca empieza a superponerse, en forma intermitente y confusa, la visión —por breves momentos autocrítica— de Alonso Quijano, el hidalgo enamorado de Aldonza Lorenzo. Aquí, en Sierra Morena, se expresa, por primera vez en labios de don Quijote, la liga entre la mujer imaginada y la mujer real. Quizá mucho de evocación de una realidad pretérita hay en las palabras de don Quijote a Sancho, en la Sierra Morena: "...Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar a *mi señora Dulcinea*; y si fuere tal cual a mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siéndolo, no sentiré nada..." (I-25, p.1130). "...hará poco el caso que [la carta] vaya de mano ajena, porque a lo que yo me sé acordar, *Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía...*" (Ibid. p.1332). E inmediatamente después, en un primer conato de cordura, extrovierte los nombres reales de los padres de Aldonza, la labradora que Sancho conoce muy bien: "—¡Ta, ta! —dijo Sancho— ¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso...? —...Ésa es —dijo Don Quijote— y es la que merece ser señora de todo el Universo." (Ibid).

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

- 19 Alonso Quijano preparó más que cuidadosamente su salida al mundo de la aventura, bajo el nombre de don Quijote de la Mancha. Es de imaginar que el cuidado con que limpió y aun completó su armadura y arnés en general, se habrá extendido al aderezo de Rocinante, cuyo nombre solo le costó cuatro días de cavilaciones: "... después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar Rocinante..." (I-1, p.1039). Por otra parte, en ésta mi visión específica de la afectividad de Alonso Quijano, el rocín —su primer compañero de aventuras— tiene un sitio especial, como el "rucio" lo tiene entre los afectos de Sancho. Hay que recordar aquel pasaje: "... no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío..." (I-2, p.1040).
- 20 Cervantes empieza el *Quijote* con una presentación de la situación económica de su protagonista; situación más estrecha que desahogada. En todo caso, esa situación declina cada vez más: "En un lugar de la Mancha... vivía un hidalgo... Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto de ella —nos dice— se le iba en vestirse, y no con riqueza. "Tenía en su casa [por toda servidumbre] una ama que pasaba de los cuarenta... y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera..." (Cfr. I-1, pp.1037 y 1038).
- 21 "...hallé otra de la que buscaba: halléla... convertida de princesa en labradora... de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas y, finalmente... en una villana..." (II-32, p.1385). Estas palabras de don Quijote a los duques se refieren al falso "encantamiento" de Dulcinea sostenido por Sancho, pero —como en el caso de la carta de la Sierra Morena— pueden representar la evocación, escorzada en forma enfermiza, de una realidad vivida en el pasado por Alonso Quijano.

- 22 Bien fija estaba en la mente del hidalgo la idea de que la misión del caballero andante era la de "deshacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas..." (Cfr. I-9, p.1061, entre otros muchos pasajes). Asocio su desengaño amoroso con una circunstancia ligada a esta idea; circunstancia que va a precipitar la canalización de su energía afectiva —siempre reprimida y particularmente frenada por ese desengaño— hacia una acción altruista desorbitada que él va a considerar, en adelante, como su misión propia. Otra porción de esa energía se empleará en la reconstrucción imaginaria del objeto amoroso, conforme a un ideal inflexible: "...hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada y, finalmente, alta por linaje..." (II-32, p.1386). Así puede haber nacido Dulcinea del Toboso, creada por la mente de Alonso Quijano para poder emprender, con causa válida para él, esa huída de Aldonza Lorenzo, más aún, esa huída de la mujer concreta, que es, en el aspecto que analizo, todo el Quijote.

Es de pensarse que, a la edad de Alonso Quijano y dada su ya invencible inadaptación a las realidades amorosas, fue mejor para su cordura —al final recuperada— que no haya llegado a tener liga afectiva estable y fuerte con Aldonza Lorenzo ni con ninguna otra mujer real. Este perfeccionista e hipersensible amoroso, este espíritu varonil, exquisito e inflexible a la vez, hubiera recibido traumas psíquicos, quizá irreversibles, de cada uno de sus fracasos en el intento de ajustar la personalidad de la amada real —cualquiera que ésta fuese— a su rígido molde de perfección ideal. Y es de alegrar que al buen hidalgo manchego le hayan sido ahorradas tales heridas.

- 23 "Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante ... y por la puerta falsa de un corral salió al campo..." (I-2, p.1040).

Aquí termina la primera parte de esta interpretación. Espero que no se me atribuya la posición romántica de quienes explican el trastorno mental de Alonso Quijano como una "locura de amor". Si me he enfo-

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

cado a este aspecto, es porque entra de lleno en el tema de mi indagación. Tampoco me sitúo en el extremo opuesto de considerar que esa locura fue exclusivamente "caballeresca". Cuando Cervantes nos dice que "...del mucho leer se le secó el cerebro, de manera, que vino a perder el juicio", no está expresando la causa del desequilibrio, sino un síntoma del mismo. Ese mismo desaforado leer para vivir en el mundo artificial de lo leído, es ya el indicio de una anormalidad afectivo-emotiva largamente incubada, y cuyo origen remoto habría que buscar —si se pudiera— en los antecedentes familiares, la infancia y la adolescencia del personaje.

CAPÍTULO II

ANDANZAS RUMBO A LA CORDURA

24 En este segundo capítulo intento presentar la trayectoria psíquica de Alonso Quijano desde que, en su conciencia perturbada, deja de serlo para convertirse en don Quijote, hasta que, en su recuperada lucidez final, reafirma su "yo" consciente. Esa trayectoria es muy compleja. Me he permitido "estilizar" su presentación, y reducir a una línea esencial —punto de partida, crisis más o menos decisivas, resoluciones parciales preparatorias y destino último— ese accidentado itinerario. He hecho la abstracción convencional de un solo aspecto —el afectivo— eliminando pasajes no indispensables e invirtiendo el orden de otros, según las conveniencias de la presentación del proceso anímico. Asimismo, la visión autobiográfica del protagonista me ha obligado a suprimir determinados puntos de vista que hubieran sido eficaces para apoyar mis "imaginativas deducciones": por ejemplo, se observará que los varios y notables accesos de cólera de don Quijote no aparecen, por tratarse de estos álgidos de su trastorno mental, que quizá no llegaron al ámbito de la conciencia de Alonso Quijano.

Quiero hacer notar la importancia que tienen dos tipos de hechos o circunstancias en la evolución psíquica del hidalgo: los diversos contactos que tiene con la realidad amorosa ajena, y sus períodos de reposo o, propiamente, de sueño.

En el primer aspecto, me ha parecido notar que todas las veces en que Cervantes pone a Alonso Quijano en ocasión de poder comparar su propia situación amorosa con la de los demás, se producen en él reac-

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

ciones más o menos inmediatas hacia la cordura, esto es, hacia la adaptación a la realidad. La mayoría de esas reacciones —concretamente tres— son de autoburla, de irrisión —si se quiere dolorosa, pero no menos sensata— de la propia inadaptación idealizadora. Ahora bien, esta actitud de autoburla jamás puede ser adoptada por un insano, mientras dura su insania y en lo que a ella se refiere. La excesiva seriedad con que nos consideramos y la excesiva importancia que nos concedemos tienen siempre, por lo menos, asomos de inadaptación y desequilibrio.

Por lo que respecta a los períodos de reposo y sueño de Alonso Quijano, quiero aquí apuntar, anticipadamente, que también señalan marcas en su proceso hacia la cordura. Tal parece que, durante ellos, el subconsciente del hidalgo realiza un trabajo que —con las debidas disculpas a los especialistas— me atrevería a llamar de autopsicoanálisis; trabajo que desemboca en una reacción correspondiente a una nueva etapa en ese proceso evolutivo.

A partir de este segundo capítulo de mi ensayo, el texto del Quijote da más y mejores puntos de apoyo a mi interpretación. Muchas veces me tomaré la libertad de entrelazarlo con mis propias palabras, sin entremillar y haciendo sólo la referencia respectiva.

25 Estas heridas son las que Alonso Quijano recibió de los arrieros yanguenses por "tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho a Rocinante". (I-15, p.1080). Es obvio que lo chusco del incidente no aparece a los ojos del monomaniaco.

26 Alonso Quijano, herido, llega a la venta que tanto ha de significar en la primera parte de su historia. La mujer del ventero "hizo que una hija suya, doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase a curar a su huésped" (I-16, p.1083); la hija y la criada del mesón —la famosa Maritornes— "hicieron una... cama a Don Quijote, en su camaranchón" (Ibid. p.1084), esto es, en el desván de la venta, y luego "la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes." (Ibid).

El episodio de la hija del ventero —tan significativa cuando se le condensa y abstrae de circunstancias y personajes más aparentes dise-

D E A L O N S O Q U I J A N O

minados por la primera parte del Quijote— me da lugar para hacer amplias observaciones sobre las vivencias amorosas de Alonso Quijano. En él, como personaje libresco, hay que distinguir lo amoroso convencional, impuesto al mismo Cervantes por su intención paródica de los libros de caballerías; y lo amoroso genuino, que pertenece al auténtico dinamismo afectivo de la criatura novelesca. Lo convencional amoroso se extiende a toda la obra, pero es más característico de la primera parte, y se revela en las innumerables invocaciones a Dulcinea y evocaciones de ella, así como en las incontables protestas de amor caballeresco a la dama ideal. No niego que, en algunos momentos, estos mismos apóstrofes amatorios superan la intención imitativa para integrarse a la sustancia novelesca, pero ello es excepcional. Lo amoroso genuino del personaje Alonso Quijano aparece, mucho más que en sus palabras, en su actuación. Esa actuación revela que hay en él un erotismo normal, aunque reprimido, por causas y mecanismos psíquicos —como suele ocurrir en tales casos— sumamente complejos. De Alonso Quijano puede decirse lo que Antonio Machado dice de su Abel Martín: que, por ausencia o por presencia, la mujer siempre lo inquieta.

En el hidalgo Quijano, la represión amorosa —cuya causa podría atribuirse al temor, al sentimiento de inferioridad y/o superioridad, o a cualquiera de los múltiples complejos y fobias sexuales hoy predilectos de los especialistas— adopta la apariencia de fidelidad a un objeto amoroso que se puede considerar inexistente, a pesar de su débil punto de apoyo en la realidad de una labradora, ignorante de ser tal objeto, y por lo mismo indiferente. Esos alardes de fidelidad —inevitables cada vez que "lo eterno femenino" remueve la afectividad de don Quijote— representan esa "racionalización" enfermiza que consiste en apuntalar con motivos, aparentemente plausibles, los movimientos psíquicos anómalos y la conducta por ellos provocada. Esa fidelidad, sustentada ante la hija del ventero —en persona o personificada por Maritornes en la oscuridad del desván—, ante Dorotea, ante la Duquesa, Altisidora, las cuatro doncellas puestas a su servicio en el palacio ducal, doña Rodríguez, las damas del sarao de Barcelona, y en otras circunstancias; esa fidelidad es el puntal consciente de la invencible timidez amorosa de Alonso Quijano. Éste, sin embargo, en varias ocasiones revela el temor que está

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

en el origen subconsciente de su inhibición: "...no es posible que yo arrostre, ni por pienso, el casarme" (I-30, p.1162).

Alonso Quijano tiene, pues, una fuerte y natural inclinación amorosa. Bien sabe defender —y habla un poco por cuenta propia— al enamorado caballero Galaor: "...yo sé que [en] ese caballero ... aquello de querer bien a todas cuantas bien le parecían, era condición natural, a quien no podía ir a la mano." (I-13, p.1074). La represión transforma esa fuerte inclinación natural en un erotismo hiperestésico que funciona, en este personaje cervantino, de dos maneras principales: sublimando al objeto erótico hasta espiritualizarlo por completo, o dejándolo como tal objeto erótico: deseable, pero inaccesible, detrás de valedares psíquicos creados por su propia mente.

Objetos eróticos sublimados son Dulcinea misma y todas aquellas mujeres a las que busca o imagina como necesitadas de su protección, y a cuya admiración —no a su amor— aspira, como a un medio de aliviar su propia inseguridad en el terreno amoroso. Es curioso observar que la lista de estas mujeres pertenece, en su totalidad, a la primera parte del *Quijote*: en la Tolosa y la Molinera —"semidoncellas" transformadas en damas por su monomanía— intenta despertar admiración, y se despidió de ellas prometiendo "alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo" y "ofreciéndoles nuevos servicios y mercedes" (I-3, p.1045). De la señora vizcaína que viaja tranquilamente a Sevilla hace "una princesa" que va "hurtada", y declara que "es menester deshacer este entuerto a todo mi poderío". Después de "salvarla", se apresura a presentarse: "...porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quijote de la Mancha..." (I-8, pp.1059-1060). "Puesta la mano en el puño de su espada, en altas e inteligibles voces", defiende a la pastora Marcela de sus acusadores, y después "determinó de ir a buscarla"; empeño del que no cesa hasta haber "andado más de dos horas por [el bosque], buscándola por todas partes, sin poder hallarla." (I-14 y 15, pp.1079 y 1080). En la aventura de los dos ejércitos, su intervención se debe nuevamente a una mujer —esta vez totalmente imaginaria— que necesita su auxilio: "la hija de Pentapolín, que es una muy hermosa y además agraciada señora, y es

crisiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano..." (I-18, p.1093). A la bella Dorotea-Micomicona ofrece: "...con la ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os sereis presto restituída en vuestro reino y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado..." (I-29, p.1157). Durante su última permanencia en la venta-castillo, "Don Quijote se ofreció a hacer la guardia del castillo, porque de algún gigante y otro malandante follón no fuesen acometidos, codicioso del gran tesoro de hermosura [Luscinda, Dorotea, Zoraida, Clara y la hija del "castellano"] que en aquel castillo se encerraba" (II-42, p.1229); y ante la procesión de los disciplinantes, que llevan "una imagen cubierta de luto", se lanza a socorrer y liberar a tan "hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras de que la llevais contra su voluntad..." (I-52, p.1266).

El erotismo no sublimado de Alonso Quijano, en primer lugar, vuelve y vuelve —aunque sin liberarse— a Aldonza Lorenzo, a pesar de Dulcinea; y en segunda instancia se dirige, igualmente inhibido, a otras mujeres reales, a las que se aproxima —ya no para socorrerlas— en la segunda parte del Quijote. Analicemos ambos aspectos.

Respecto a Aldonza, veremos que desde su primera salida de la aldea hasta la Sierra Morena, don Quijote la ha expulsado de su conciencia para introducir en ella a Dulcinea; en tanto que, a partir de los sucesos de la Sierra, Alonso Quijano vuelve a abrir su mente y su corazón a la labradora del Toboso. Que su amor por ella no es meramente platónico se advierte en diversos pasajes, de los cuales, recuerdo uno que he citado en la nota 4, y me refiero a otro en el que, dentro de la idealista y convencional descripción de la belleza de la amada, se percibe cierto acento erótico, perteneciente ya al mismo Alonso Quijano. Este pasaje concluye —como el anteriormente mencionado— con la alusión a la descendencia de Dulcinea que, obviamente, será también la de don Quijote: "Aquí, dio un gran suspiro Don Quijote y dijo:—... su nombre es Dulcinea; ...su hermosura sobrehumana, ...alabastro su cuello, mármol su pecho... y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales... que sólo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas. [Es su] linaje, aunque

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

moderno, tal, que puede dar generoso principio a las más ilustres familias de los venideros siglos" (I-13, pp.1070-1075). Por otra parte, hay que observar que la invisible Dulcinea es la idealización de una mujer única e inconfundible, objeto de un enamoramiento que, no por tímido e incompleto, es menos verdadero. Alonso Quijano jamás confunde a Aldonza-Dulcinea con ninguna de las hermosas que encuentra en su camino, ni siquiera con Marcela o con alguna de las pastoras fingidas que van a representar una égloga; mujeres todas que, por su condición o apariencia campesinas, y por el marco agreste en que las halla, pudieran asociarse, en su espíritu, a la amada lejana e idealizada, pero verdadera.

Pero, además, en la segunda parte de su historia, Alonso Quijano ve, en las mujeres que encuentra, auténticas mujeres, por las que experimenta la normal atracción. En las palabras que les dirige ya no hay el convencional, arcaico y paródico "fermosa señora"; y si lo hay, aun a través y por encima de él se percibe una actitud de contenido galanteo que lo lleva a compararlas con la sin par Dulcinea, cosa que en la primera parte del *Quijote* le hubiera resultado imposible. En su ambigua actitud anímica, necesita la proximidad femenina y se acoge casi desesperadamente a ella, para compensar su dolorosa incapacidad psíquica de amar espontánea, completa y naturalmente.

A este respecto, el encuentro con la Duquesa es significativo. Después de la mal acabada aventura del "barco encantado", Alonso Quijano queda "sepultado en los pensamientos de sus amores" a Dulcinea (II-30, p.1376), lo cual no impide que, en viendo a la duquesa, experimente por ella una atracción que no disimula: "—Corre, hijo Sancho, y di a aquella señora... que yo... beso las manos de su gran hermosura, y que si su grandeza me da licencia, se las iré a besar y a servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare. Y mira, Sancho, como hablas, ...ve en buena hora y Dios te guíe" (Ibid). Una página después la llama "digna señora de la hermosura y universal princesa de la cortesía", en tono tal que el duque tiene que recordarle "que adonde está mi señora Doña Dulcinea del Toboso no es razón que se alaben otras hermosuras"; palabras a las que Alonso Quijano da la callada por respuesta; y es Sancho quien tiene que contestarlas (Ibid).

p.1377). Más adelante, don Quijote expresará la siguiente relación entre ambas mujeres: "Más venturosa y más conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza [habla a la duquesa] que por todas las alabanzas que puedan darle los más elocuentes de la Tierra" (II-44, p.1421). Finalmente, es notable el hecho de que, mientras Alonso Quijano se halla en la proximidad de esta hermosa mujer, no sólo omite sus espontáneas y frecuentes ponderaciones de la excelencia de Dulcinea, sino que elude hablar de ella o, forzado a hacerlo, parece querer degradar su recuerdo, ante sí mismo y ante los demás, o reconocer como dudosa la existencia de su amada: "Señora mía [dice a la duquesa]—Dulcinea está encantada y vuelta en la más fea labradora que hablar se puede..." (II-31, p.1381). Y más adelante expresa a la misma interlocutora: "...Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo; o si es fantástica o no es fantástica; y éstas no son cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo" (II-32, pp.1385-1386).

Algunas observaciones sobre su actitud ante otras mujeres que aparecen en la segunda parte del Quijote, son también reveladoras. De Altisidora ya he hablado en la nota II; las doncellas, "hermosas como unas flores", que la duquesa destina a su servicio no son ya damas ideales, sino mujeres de carne y hueso que amenazan despertar, simultáneamente, su deseo y su temor, hasta hacerle poner, bruscamente, como él mismo lo expresa, "una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad". (II-44, p.1421). La Rodríguez, con toda su dueñez a cuestas, levanta en él similares sentimientos: "¿Quién sabe [se pregunta Alonso] si esta soledad, esta ocasión y este silencio despertará mis deseos?" Y aunque intenta tranquilizarse ("Por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes?"), termina diciendo a la mujer: "... ni soy de mármol ni vos, de bronce, ni ahora son las diez del día, sino medianoche ... y en una estancia... cerrada y... secreta..." (II-48, p.1435).

Salidos Alonso Quijano y su amigo Sancho del palacio ducal, encuentran a las dos doncellas disfrazadas de zagalas. Alonso empieza por exclamar: "¡...he quedado atónito en ver vuestra belleza!" Ellas, que saben ya de don Quijote y Dulcinea, alaban a ésta diciendo que "en toda España le dan la palma de la hermosura" —Con razón se la dan— dijo

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

don Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza" (II-58 p. 1473). Luego vuelve a afirmar que las falsas pastoras "son las más hermosas doncellas... que hay en el mundo"; y acaba por declarar que "Don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender que a todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras de estos prados..." Se ofrece para sostener esta verdad, durante dos días, con las armas en la mano, "en mitad de este camino real que va a Zaragoza"; y en todos estos galantes afanes, apenas si dos veces se acuerda de añadir, a los superlativos que aplica a la belleza de las zagalas —como un estribillo gastado e impuesto por la costumbre— "exceptuando sólo a la sin par Dulcinea del Toboso" (Ibid, pp. 1472 y 1473).

Ya hacia el final de su historia, cuando Alonso Quijano ha ido desdiciendo por los peldaños de la astenia, y no parece moverse más que por la inercia del impulso recibido de otros, aún le inquieta la mujer. En Barcelona, en el sarao celebrado en casa de don Antonio Moreno, ante las insinuaciones de aquellas dos damas "de gusto pícaro", tiene que acudir a la violencia, recurso del débil, para defenderse de sí mismo más que de ellas: "...alzó la voz y dijo: ¡...Dejadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos. Allá os avenid, señoras, con vuestros deseos; que la que es reina de los míos... no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan!" (II-62, p.1487).

El caso de la hija del ventero es totalmente aparte. Situado en la primera parte del *Quijote*, corresponde, sin embargo, por su significado, a la segunda, que acabo de analizar. A esta "doncella, muchacha y de muy buen parecer", Alonso Quijano la "aprincesa", más no la deshumaniza; la enaltece, pero no la sublima; y la desea con menor inhibición que a todas las demás. Éste es el más erótico de todos los lances de amor de Alonso Quijano —si se puede llamárseles así—, quizá porque su enfermiza timidez requería, por parte del objeto deseado, alguna forma de iniciativa. En este caso, la confusión con Maritornes, que buscaba al arriero en la oscuridad, dio al hidalgo la ilusión de que esa iniciativa había sido tomada por "la hija del castellano". Así se rompieron, por breve lapso, las vallas psíquicas de su represión. Y así fue como "la sintió,

D E A L O N S O Q U I J A N O

y, sentándose en la cama... tendió los brazos para recibir a su hermosa doncella... la asió fuertemente de una muñeca y tirándola hacia sí... la hizo sentar sobre la cama. Tentóle luego la camisa... Y teniéndola bien asida, con voz morosa y baja le comenzó a decir: —Quisiera hallarme en términos, hermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced... " ...la moza forcejeaba por desasirse y don Quijote trabajaba por tenerla..." (I-17, pp.1085 y 1086).

Tengo para mí que, de las mujeres que Cervantes pone en relación con Alonso Quijano, la hija del ventero es la única que puso en él un interés —aunque de jovencita romántica y tornadiza— próximo al interés amoroso. Por otra parte, creo que haya sido la única de esas mujeres que el buen hidalgo hubiera amado, de no estar por medio Dulcinea, o más bien, el bloqueo erótico que ésta representa en la afectividad del héroe cervantino.

27 (Cfr. II-8, pp.1298 1299).

28 Para todo este lance Cfr. I-16 y 17.

29 Otro rasgo de la insatisfacción erótica de Alonso Quijano se manifiesta en un casi delirio de persecución amorosa. Esta supuesta persecución le satisface en forma sustitutiva. Suele hacer alarde de ella y, muchas veces del "desdén" y "enojo" con que a ella responde. En ciertos momentos, Alonso Quijano el Bueno, llega a tener asomos de crueldad para con las mujeres que "lo solicitan". En el caso que comento, es notoria su ansiedad por referir a Sancho el lance de la que él cree "hija del señor del castillo", a pesar de ser y deber ser, como caballero andante, "enemigo de que se quite la honra a nadie".

En la segunda parte del Quijote, estos rasgos se agudizan, en parte favorecidos por las circunstancias: "¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire que de mí no se enamore!... ¡Que tenga de ser tan corta la ventura de la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar a solas gozar de la incomparable firmeza mía!... ¿Qué la quereis, reinas? ¿A qué la acosais, don-

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

cellas de catorce a quince años?... Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy..." (II-44, p.1424). "¿Qué te parece, Sancho, del suceso de esta noche?... por tus mismos ojos has visto muerta a Altisidora... con la consideración del rigor y del desdén con que yo siempre la he tratado" (II-70, p.1510).

Esta actitud obsesiva de Alonso Quijano se hace notoria a quienes lo rodean. El primero en advertirla y "manejarla" es Sancho; pero quien expresa clara, aunque irónicamente, lo que ha observado, es la duquesa: "...señor don Quijote... andad con Dios, que mientras más os deteneis, más aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran..." (II-57, p.1468).

- 30 De la hija del ventero y de su relación con Alonso Quijano, Cervantes nos da rasgos sutiles pero sugerentes. El interés de la muchacha se presenta, por primera vez, después de haber atendido y curado al hidalgo. "—¿Qué es caballero aventurero?— replicó la moza." (I-16, p. 1084). Las circunstancias de esta pregunta indican un poco más que simple curiosidad. Al despedirse el caballero, después de su primera estadía en la venta, Cervantes singulariza —con pocas palabras, muy deliberadas— el interés de la muchacha: "Estábanle mirando todos cuantos había en la venta; mirábale también la hija del ventero..." (I-17, p. 1089). Cuando vuelve por segunda vez el hidalgo a la venta, Cervantes se limita a incluir a la muchacha en la lista de los que salen a recibirlo "con muestras de mucha alegría" (I-32, p.1169), y en la de aquéllos que están presentes cuando, ausente del grupo el caballero, se comenta su amor caballeresco. (Ibid. 1170). Pero más adelante vuelve a singularizarla, haciéndole hablar en forma alusiva a la quijotesca enfermedad de amor y a sus propios sentimientos respecto a ella. Para lograrlo, Cervantes interroga a este personaje femenino, a través de otros personajes: "—Y a vos ¿qué os parece, señora doncella?— dijo el Cura, hablando con la hija del ventero. —No sé lo que me hiciera— respondió ella— ... las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras... en verdad que algunas veces me hacen llorar, de compasión que les tengo. —Luego ¿bien las remediáis vos, señora don-

cella— dijo Dorotea —si por vos lloraran?— No sé lo que me hiciera —respondió la moza—; sólo sé que hay algunas señoras de aquéllas tan crueles... Y, ¡Jesús!, yo no sé que gente es aquélla, tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar a un hombre honrado le dejan que se muera o que se vuelva loco. (Ibid. p.1170).

Más adelante, cuando la ventera, ayudada por Maritornes, desahoga su enojo contra el ausente don Quijote por los daños que ha causado en la venta, "la hija callaba, y de cuando en cuando se sonreía" (I-35, p.1193). Alguna insinuación, muy cervantina, habrá en esta enigmática sonrisa que inspiró el poema de Manuel Machado.

Cuando don Quijote hace la guardia de la venta- castillo, la hija y Maritornes "determinaron las dos de hacerle alguna burla o, a lo menos, de pasar un poco el tiempo oyéndole..." ¿No podría asignarse una de estas dos intenciones a cada una: la burla, a la criada, y el deseo de escuchar, y aun conversar, a la jovencita? Los hechos parecen confirmar esta distribución. En efecto, después de oír, en silencio y oculta, el largo monólogo de Alonso Quijano sobre su desventura amorosa, "la hija de la ventera le comenzó a cecear y a decirle: —Señor mío, lléguese acá la vuestra merced, si es servido"; y ello, sin más intención que la de seguir escuchándolo. Es Maritornes quien interrumpe este largo casi coloquio —en el que no ha intervenido— para tomar la iniciativa en una broma que es sólo suya en la invención y en la ejecución, si bien es verdad que la hija del ventero se ríe, junto con ella, del embromado caballero. (I-43, pp.1232 y 1233).

Cuando el ventero tiene necesidad de auxilio, es la hija quien, espontánea y confiadamente, la pide al hidalgo: "—Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dio, a mi pobre padre..." (I-44, p.1237) y, finalmente, cuando él vuelve a salir de la venta para no volver a ella, las tres mujeres de la misma salen "a despedirse de don Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia" (I-47, p.1248). Después de los rasgos con que hasta aquí ha esbozado Cervantes esta figura de mujer, es de pensarse que, si fingió llorar —dentro del bienintencionado engaño colectivo al desequilibrado hidalgo— por lo menos sería genuino ese ambiguo sentimiento de ternura, piedad, confianza,

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

- burla y admiración que parece hecho de molde para el corazón, ya un poquito "quijotizado", de la hija del ventero.
- 31 El episodio de la amorosa penitencia de don Quijote en la Sierra Morena de Andalucía, con sus antecedentes, se halla en los capítulos 23, 24, 25 y parte del 26 de la Primera Parte (pp.1117 a 1136).
- 32 Como observé de paso en la nota 26, cuando Alonso Quijano se convirtió en don Quijote, expulsó de su conciencia al objeto real que la perturbaba: Aldonza Lorenzo, y lo sustituyó por Dulcinea. Pasada la excitación de la primera serie de "aventuras" —vividas siempre en función de la misma Dulcinea— se encuentra de pronto en la monótona soledad de la Sierra. Esto, junto con el encuentro y la plática de Cardenio —"loco" de amor en esa misma soledad— puede haber suscitado en él un importante cambio psíquico. No deja, sin embargo, su monomaníaca evocación e imitación de las locuras y penitencias de amor de los caballeros andantes... La suma de sus actitudes mentales y afectivas durante este episodio da, a mi modo de ver, un resultado que podría resumirse así: Aldonza vuelve a ser aceptada en la "psique" consciente de Alonso Quijano, quien llega a expresar aquí, por única vez, la identidad de la labradora con Dulcinea. Así, el hidalgo da el primer paso en su intermitente evolución hacia la cordura.
- 33 Esta es la primera vez que el tímido enamorado envía a Sancho como mensajero de sus amores. La siguiente será al iniciarse la segunda parte del *Quijote*. Sólo al final de la obra buscará él mismo, afanosamente y ya sin temor, a la labradora. La enfermedad y la muerte le impedirán encontrarla.
- 34 Signo inequívoco de la transitoria lucidez de Alonso Quijano es esta revelación de la verdadera identidad de su amada. (Cfr. I-25, p.1132). Sancho sabe y sabrá ya para siempre —como lo dice después al cura y al barbero— que "la señora Dulcinea del Toboso /.../ era la hija de

Lorenzo Corchuelo, de quien [su amo] estaba enamorado hasta los hígados". (I-26, p.1137).

- 35 (Cfr. I-25,p.1133). Tan cuerdo está don Quijote al decir estas palabras, que ellas expresan una especie de autopsicoanálisis de su propio proceso de sublimación del objeto amoroso. Vislumbres como éste lo van a ir llevando, poco a poco, a la visión casi total de sus genuinas actitudes afectivas y anímicas en general. Como culminación de este proceso, en las seis horas de sueño o semi-sueño que preceden a la muerte de Alonso Quijano, se hará en su "psique" la síntesis necesaria para que el hidalgo llegue a sus últimos momentos en total estado de cordura.
- 36 Sancho tiene un papel importantísimo en la evolución psicológica y afectiva de Alonso Quijano. Su devotísima amistad y ciertos rasgos de su carácter hacen de él un psicoterapeuta inconsciente. Ingenuo, socarrón, locuaz, inquisitivo, tan gran admirador de su amo como conocedor de sus flaquezas, totalmente receptivo y disponible para la más libre comunicación, constituye el instrumento perfecto para provocar, en su señor y amigo, una benéfica extroversión. A este respecto —y a muchos otros— es especialmente revelador el capítulo 31 de la Primera Parte. En él, Sancho, que ya sabe quién es en realidad, Dulcinea, tiene el primero de sus instintivos aciertos para ir liberando la "psique" de su amo: sigue llamando Dulcinea a Aldonza, aunque ambos tienen conciencia —Alonso Quijano, quizá en forma interminente— del sujeto real al que se están refiriendo. Esto que, en el aspecto literario formal, es un recurso para el desenvolvimiento de la novela, en el "psiconovelístico" es la condición "sine qua non" de la evolución del protagonista. Alonso Quijano y Sancho coinciden en adoptar un lenguaje convencional para hablar de Aldonza, si no en todos, sí en los más importantes de sus diálogos relativos a ella, y hacen de esto una especie de secreto entre los dos: "Y avísote, [Sancho] que no digas nada a nadie, ni a los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado; que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

que yo, ni otro por mí, los descubra" (Loc. cit., p.1167). Esta petición de secreto me hace pensar que Alonso Quijano habla de la joven labradora, a quien ama en forma vergonzante. De inmediato, Sancho empieza a enfrentarlo, aunque sin drásticas afirmaciones, a la enfermiza dualidad de su situación afectiva: "—Pues si eso es así —dijo Sancho—, ¿cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan a presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firmar de su nombre que la quiere...? (Ibid). Así seguirá procediendo, sin darse cuenta, hasta el desenlace de la novela, en lo que ésta como en otros aspectos— pudo más que su intención paródica y ejemplar.

37 Alonso Quijano, tan convencido de la dignidad de la poesía como lo muestra en su plática con el Caballero del Verde Gabán (I-16, pp. 1325-1326), y tan capaz de bien decir como se ve por su discurso de las armas y las letras —entre otros— no pudo haber compuesto los versos amorosos de la Sierra Morena más que por irrisión. Es la primera vez que don Quijote deja de tomarse en serio y se coloca en una posición autocrítica y equilibrada, por precario que sea su equilibrio, bien dice Martín de Riquer, a propósito de este episodio, que en él, al declararse loco y decir que quiere "hacer locuras", don Quijote está procediendo "desde la cordura".

38 (Cfr. I-29, p.1155).

39 Dorotea, bienintencionadamente disfrazada de "infanta Micomicona" es la primera mujer que acude a don Quijote para solicitar con voces y súplicas el favor de su brazo. Es la primera persona que le habla en su propio lenguaje caballeresco, y esta primera persona es una mujer y una mujer muy hermosa. Excelente coyuntura para que la temida —por deseada— mujer real, Aldonza, pierda terreno y vuelva a ganarlo la locura caballeresca, en la "psique" del solterón manchego.

40 (Cfr. I-20 pp.1100-1101), en la aventura de los batanes.

D E A L O N S O Q U I J A N O

- 41 No dejó de pasar como un halago, por la mente de don Quijote, la idea de llegar a casarse con Dorotea — Micomicona. (I-30, p.1162). Su arrebató de cólera contra Sancho, cuando éste le insiste ahincadamente en tal matrimonio (Ibid, p.1163) es, en realidad, un movimiento de defensa contra su propia inclinación y flaqueza, aunque también intervendrá la acostumbrada racionalización de la fidelidad a Dulcinea. (Ibid. p.1162).
- 42 Conviene a la astenia que se va apoderando de Alonso Quijano, aceptar que don Quijote va "encantado" e incapaz de acción alguna. Esta actitud se acentuará hasta el final de la primera parte de la obra y se manifestará de múltiples maneras: su desusada blandura ante el canónigo que atacará más adelante los libros de caballerías (I-69, p.1257 y sgs.), su conmovedora entrega en manos de su escudero, su silenciosa pasividad: "Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies y arimado a las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne sino estatua de piedra" (I-47, p.1248). Hay que recordar también el parlamento en que racionaliza su actitud derrotista: "Yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia: que la formaría muy grande si yo pensase que no voy encantado y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde". (I-49, pp.1255 y 1256).
- 43 (Cfr. I-52, p.1267).
- 44 (Ibid).
- 45 Empieza aquí la segunda parte del *Quijote*, sobre cuyas diferencias con la primera han hablado todos los cervantistas. Ciñéndome al tema de este ensayo, sólo haré notar algunas de las que —relacionadas con él— he logrado advertir. Para mí, en el primer *Quijote*, Alonso Quijano huye de Aldonza hacia Dulcinea, en tanto que en el segundo, se aleja de ésta para volver a la mujer real. Su tercera y última salida —cuyo destino final parece ser, al menos en la primera intención, la ciudad de Zaragoza— se inicia

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

con un viaje al Toboso, para pedir la bendición de Dulcinea. Esto entraña una aparente contradicción que es, en realidad, manifestación de la síntesis psíquica que, con altibajos y alternativas, se va a ir haciendo en la personalidad del protagonista. Don Quijote busca la bendición de Dulcinea, pero Alonso Quijano la busca precisamente en *el Toboso, donde vive Aldonza Lorenzo*. Para mí que, en esta ocasión, el hidalgo busca realmente, con la precipitación inicial del tímido, el encuentro con la labradora. Este arrojito no ha de durar y Alonso Quijano acabará por esconderse, enviando a Sancho, por segunda vez, como embajador. El engaño de Sancho a su amo —engaño cuyo complejo motivo no toca analizar aquí— hace que éste se tope de manos a boca con la realidad; no precisamente con la realidad de Aldonza, pero sí con una realidad que, muy plausiblemente, podría ser la de ésta. El temor patológico al desengaño amoroso alcanza aquí su clímax, el más alto en todo el texto de ambas partes del *Quijote*. Ese terror, que deja al héroe largamente mudo, "con ojos desencajados y vista turbada", lo hace declararse "el más desdichado de los hombres" pero, sobre todo, lo lleva a huir psicológicamente de ambas mujeres: la real, Aldonza; y la ideal, Dulcinea. Para esta doble huida —que es en realidad una sola— el subconsciente del hidalgo "encanta" a la mujer que lo aterroriza, es decir, la declara inaccesible. Desde el punto de vista que me ocupa, el segundo *Quijote*, tan nutrido en acontecimientos externos, sólo representa la dolorosa obsesión del héroe por el "encantamiento", esto es, por la inaccesibilidad (subconscientemente mantenida) de la mujer amada. Esta obsesión se ve diversamente modificada por los sucesos externos, por los períodos de calma y reposo, por la comparación con las realidades amorosas ajenas, por el influjo de otras mujeres, por la derrota del hidalgo en Barcelona... Esta obsesión se rompe aquí y allí —notoriamente en dos grandes ocasiones que recuerdan la de la Sierra Morena— y cede hacia el final de la obra, cuando el casi lúcido Alonso Quijano, en el camino de regreso a su aldea, escudriña el rostro de todas las mujeres que encuentra a su paso. (Cfr. II-72, p.1518). Ciertamente es que no ha dejado el lenguaje convencional y que sigue llamando Dulcinea a la mujer real que, ahora sí, desea y espera encontrar; pero cierto también que no

D E A L O N S O Q U I J A N O

parecen princesas ni visten como tales las mujeres entre las que ansiosamente busca a la elegida. "...siguiendo su camino [dice Cervantes] no toparon mujer ninguna que no iba [Don Quijote] a reconocer si era Dulcinea del Toboso." (Ibid.) Esta búsqueda resulta inútil y el solterón vuelve a su casa para morir, sin haber encontrado a Aldonza.

Desde otro punto de vista, el segundo Quijote se caracteriza por la humanización del héroe. Ya no se evade de la mujer inventando aventuras, sino estrechando su unión con Sancho y poniendo auténtico interés humano en las relaciones que traba y en los sucesos reales que va considerando, cada vez más, como tales. Hay, en todo esto, una saludable extroversión que lo irá llevando, con intermitencias a veces violentas, hacia la cordura. Alonso Quijano va creciendo a expensas de don Quijote e interviene con bondad y justicia —cada vez con más equilibrio, y en ocasiones con total sensatez— en muchos de los episodios de esta segunda parte. Recordemos su relación con el Caballero del Verde Gabán y su familia; su fallo en el episodio de Quiteria y Basilio; su humanísimo trato con Sancho en el diálogo del capítulo II-38; sus consejos al mismo para el gobierno de la insula; su enérgica y justa respuesta al clérigo de la corte ducal; su auxilio bondadoso a la desventura real de doña Rodríguez y su hija...

Otra diferencia con el primer Quijote reside en que, en esta segunda parte, el héroe, asténico, no busca activamente ni inventa aventuras, sino se deja llevar por el vaivén de los acontecimientos y aprovecha con gusto cuantas ocasiones se le presentan de distracción y compañía. No hay más que recordar su interés por conversar con don Diego de Miranda; con los dos estudiantes y los dos labradores; con el primo —que Cervantes no nombra—; con el hombre de las lanzas y las albardas, el paje que va a la guerra, los portadores de las imágenes... y muchos más. Su misma permanencia en casa de los duques es una distracción prolongada que le sale al paso y a la que se entrega pasivamente, en un espíritu de evasión, simulando creer —más que nada ante sí mismo— pero creyendo cada vez menos en don Quijote y en la "encantada" Dulcinea. Esta dejadez, esta abulia, va aumentando a lo largo del segundo Quijote y, a partir de los episodios de Roque Guinart, el protagonista es manejado

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

por cuantos lo rodean. Sin embargo, su grandeza como figura literaria no decae y, en altibajos humorístico-trágicos, se manifiesta hasta su muerte, episodio al que no hace desmerecer, artísticamente, la intención ejemplar que Cervantes quiso poner en él.

- 46 (II-10, p.1302).
- 47 Los complicados sucesos de la venta, el viaje en la jaula carreta y los largos e interesantes diálogos con que empieza el segundo *Quijote* bastan para distraer al lector de la relación Alonso (Don Quijote)-Aldonza (Dulcinea). En realidad, esta determinación de buscar la bendición de Dulcinea prolonga —por encima de todas las complicaciones externas— la intención que Alonso Quijano tuvo, en la Sierra Morena, de enviar con Sancho una embajada a la hija de Lorenzo Corchuelo. Ahí, apenas enviada, se llenó de temor y acabó burlándose de su amor vergonzante; ahora —pasado el primer impulso y la sensación de seguridad adquirida en un mes de reposo y reflexión— a la vista del Toboso, el solterón vuela a temer y se esconde; primero, tras la oscuridad de la noche; y llegado el día, tras la persona de Sancho y entre una frondosa arboleda. Pero no hay que olvidar, como no lo olvidaba don Quijote, que en la Sierra Morena había recibido una orden de Dulcinea —reconocida ante sí mismo y ante Sancho como Aldonza Lorenzo— para que se presentara en el Toboso. La incitación de la aventura de Micomicona y los acontecimientos subsiguientes no hicieron más que posponer, para ésta su tercera salida, su respuesta activa a esta embajada, bienintencionadamente falsa por parte de Sancho, pero verdadera para don Quijote.
- 48 Hago, de paso, la observación que tantos comentaristas han hecho: que en el primer *Quijote* el caballero es el que está "encantado", en tanto que en el segundo, la "encantada", la invisible e inaccesible es su dama. Contra esta inaccesibilidad él nada puede. Así justifica su conducta, en lo sucesivo más pasiva que activa.

- 49 Estas palabras de don Quijote aparecen en el texto cervantino a propósito del episodio del carro de las "Cortes de la Muerte", que viene inmediatamente después del de "el encantamiento" de Dulcinea.
- 50 (Cfr. II-16, p.1322). Interpreto que la esperanza de don Quijote de llegar al desencanto de Dulcinea, equivale a la esperanza que abriga Alonso Quijano de vencer las represiones que lo apartan de la mujer en general y, en particular, de Aldonza Lorenzo. No ignoro que mi interpretación del "encantamiento" de Dulcinea entronca con las que, del mismo pasaje y del Quijote en general, hizo el romanticismo. Muchos críticos modernos estarán en contra de ella. Cito únicamente a Erich Auerbach quien, basándose en la crítica filológica y el análisis estilístico, afirma que Cervantes jamás tuvo la intención de provocar, en el episodio de las tres labradoras, el efecto patético, sino el meramente cómico. Por mi parte, sólo me atengo a la extremada libertad interpretativa que he adoptado en este ensayo y no pretendo llegar a las intenciones de Cervantes que considero, para mí, inaccesibles.

Desde otro punto de vista, me interesa hacer notar que el artículo de Auerbach sobre Dulcinea —sólidamente fundamentado y que tan poco otorga al sentimentalismo— hace hincapié en la emotiva calidad de la relación entre caballero y escudero, precisamente al comentar este episodio, que a muchos ha parecido tan sólo una cruel burla de aquél a éste. Nos habla de la "amorosa atención y delicado adentramiento" que tuvo que tener Sancho, en el mundo interior de don Quijote, para poder fraguar esta burla, ni malintencionada, ni motivada sólo por el deseo de ocultar a su amo una mentira anterior. Para mí, Sancho sigue aquí la afectuosa intuición de siempre y acierta a provocar en su señor una revolución psíquica que —climática en este pasaje— seguirá una trayectoria lenta y accidentada, pero definitiva, hasta la cordura final y muerte del hidalgo. En esta crisis —la del "encantamiento" de Dulcinea— se agrava, por de pronto, la disociación del espíritu del protagonista. Éste sigue dando, a contrapelo, explicaciones caballerescas, pero el subconsciente, que va aflorando, las acepta cada vez menos. La realidad va ganando terreno y acabará por imponérsele.

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

- 51 (Cfr. II-17, p.1331) y, en general, los capítulos 16, 17 y 18, que refieren la relación entre Alonso Quijano y Diego de Miranda. Éste era justamente lo que aquél hubiera podido ser, de no mediar su "locura caballeresca": un hidalgo campesino y acomodado que ha formado una familia y disfruta con ella de afecto y bienestar. Para mí, el parlamento de don Quijote cuya página señalo arriba es solapadamente comparativo, y en la totalidad del episodio advierto esa comparación, desenvolviéndose en la mente del manchego. La aventura de los leones —que tan desafortadamente rompe el "intervalo lúcido" (en frase del mismo Cervantes) que representa la relación Alonso Quijano-Diego de Miranda— me parece una reacción desesperada y exhibicionista. Alonso Quijano quiere vencer su sentimiento de inferioridad y se enfrenta —por única vez en toda la novela— a un grave peligro plenamente real. Quiere ostentar la superioridad de don Quijote, caballero andante, sobre Don Diego, hidalgo sedentario, pacífico y "burgués". De ahí las despectivas palabras que dirige a éste en el momento de acometer a los leones; palabras que desdicen de cuantas —antes y después de este momento— emplea para dirigirse al del verde gabán. No está de más recordarlas: "Váyase, vuesa Merced, señor hidalgo... a entender con su perdigón manso y con su hurón atrevido, y deje a cada uno hacer su oficio. Éste es el mío, y yo sé si vienen a mí, o no, estos señores leones." (II-17, p.1328).
- 52 (Cfr. II-19).
- 53 Las palabras acomodadas para formar este diálogo están entresacadas del texto del *Quijote*; en diversas partes de los capítulos correspondientes a las bodas de Camacho (II-19, 20 y 21).
- 54 (Idem).
- 55 Esta duda de Alonso Quijano se va haciendo más y más perceptible a lo largo del segundo *Quijote*. La expresa claramente a la Duquesa, con las palabras que textualmente he copiado. (II-32, p.1385).

56 (Cfr. II-22, 23 y 24). Interpreto que en Montesinos —como en la Sierra Moreno— Alonso Quijano tiene un notable intervalo lúcido de auto-burla. Estúdiense la invención o evocación fantástico-caballeresca de don Quijote correspondiente a este episodio, y compárese con las varias similares que hace en diversas partes de la obra. Se verá que únicamente en ésta —la de Montesinos— trae a cuento numerosos rasgos de un realismo prosaico y grotesco, en tanto que las otras no se apartan, dentro de la mentalidad del hidalgo, del idealismo característico de su monomanía. Compárese, por ejemplo, con la reconstrucción de la aventura del Caballero del Lago que hace ante el canónigo de Toledo (I-50). Se verá que, en ésta, todo es idealismo caballeresco, sin mezcla alguna de comicidad o burla, si se exceptúa el detalle mínimo del mondadientes. En cambio, en Montesinos, Alonso Quijano se impone a don Quijote, a Dulcinea y al absurdo ideal caballeresco-amoroso, mediante una burla evidente y destructora. Todos los personajes y los sucesos ideales están aquí disminuídos por los detalles chuscos y deliberadamente prosaicos en que insiste el narrador, Alonso Quijano. Así, el rosario de Montesinos, la mano peluda de Durandante, la salazón de su corazón, la fealdad de Belerma, la alusión a la fisiología mujeril, los brincos de Dulcinea, su pobreza, la limosna de don Quijote, las cabriolas de la doncella, las características escatológicas de los encantados, el rebajamiento cómico de los amores entre dos personajes ideales. . . Para mí, aquí no habla el loco don Quijote, sino el cuerdo Alonso Quijano, que inventa esta burla desengañada de su ideal. Adviértase en las palabras de Sancho —por única vez en toda la obra— la convicción de que su amo está, no precisamente mintiendo, pero sí inventando. Adviértase también que don Quijote admite que puede no ser verdad lo que dice y, por último, recuérdese aquel famoso pasaje (II-41) en que, después de la aventura de Clavileño, don Quijote dice a Sancho "al oído": "Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que habeis visto en el Cielo, yo quiero que vos me creais a mí lo que vi en la cueva de Montesinos." Es decir, que tan embuste considera el relato de Sancho sobre las siete cabrillas como su propia invención de lo ocurrido en la cueva.

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

- 57 Este retrato de la duquesa está en boca de doña Rodríguez (II-49, p.1437).
- 58 (II-58, p.1471). Sobre la actitud de don Quijote respecto a la duquesa y a Altisidora, ver las notas 11 y 26.
- 59 (II-25). En el episodio del mono adivino, Alonso Quijano se acoge a las "respuestas" del animal con credulidad que, en él, sólo puede nacer la desesperación. Don Quijote oye hablar del mono adivino y "apenas le vio... cuando le preguntó: ¿Qué ha de ser de nosotros?" Después, su buen juicio corrige esta precipitación, pero Sancho lo convence —por lo demás, fácilmente— para que siga preguntando. La sustancia de la pregunta es "si ciertas cosas que *había* pasado en la cueva de Montesinos habían sido soñadas o verdaderas; porque a él [Don Quijote] le parecía que tenían de todo." El singular del verbo que pongo en cursivas parece favorecer mi interpretación de que don Quijote pregunta, no por los sucesos de Durandarte, Belerma, Montesinos, etc., sino por lo que había ocurrido en su propio ánimo, y de lo cual, él mismo no se sentía muy seguro. En medio de lo risible de la situación, se advierte una grave *incertidumbre del protagonista; incertidumbre que no se desvanece*: "—Los sucesos lo dirán..." es su última palabra sobre lo verdadero o falso, cierto o incierto de los acontecimientos —subjetivos, interpreto yo— de la cueva de Montesinos. Esta duda vuelve y vuelve a aparecer más adelante, especialmente en la aventura del barco encantado y en el episodio de la cabeza encantada de Barcelona.
- 60 (II-44, p.1421).
- 61 (II-35). Esta noticia la recibe el hidalgo en la famosa y fingida profecía de Merlín, con su chusca añadidura de la condición del desencantamiento de la dama; condición que ha de cumplirse a costa de Sancho Panza. Lo que esta profecía suscitó en el ánimo del loco don Quijote puede haber repercutido en el del cuerdo —o encaminado a la cordura— Alonso Quijano, como la esperanza de vencer su timidez amorosa

D E A L O N S O Q U I J A N O

pero no sin el auxilio, ya constantemente indispensable para él, de su inseparable amigo Sancho.

- 62 Sobre la edad y apariencia de doña Rodríguez, Cervantes se pronuncia peyorativamente, a pesar de los dimes y diretes que al respecto hay entre la misma dueña, Sancho, la Duquesa y don Quijote. Ello no es obstáculo para que —como en el caso de Maritornes— Alonso Quijano sienta inquietud y halago a un tiempo en este episodio; inquietud y halago que son cómicos para el lector, pero no para el protagonista. (Cfr. II-31 y 48).
- 63 Ver en la nota 26, lo relativo a las dos falsas pastoras que don Quijote encuentra al salir del palacio ducal. (Cfr. II-58, pp.1471 y siguientes).
- 64 Estas extrañas palabras se encuentran en el episodio de las imágenes llevadas en andas (II-58, p.1470). En él, por única vez antes de su cordura final y definitiva, Alonso Quijano habla seriamente de su trastorno mental y habla también de la posibilidad de verse libre de él. Es de notar que asocia esta posibilidad de cordura con la de la liberación o accesibilidad de la mujer-símbolo. Más aún, habla de esa posibilidad de salud mental y de dicha ("mejorándose mi ventura"), como una consecuencia de esa accesibilidad de lo femenino. Este parlamento ha llamado la atención de algunos comentaristas. Amado Alonso, por ejemplo, dice que aquí Cervantes "parece entrever un don Quijote curado y casado".
- 65 En términos semejantes se dirigen a don Quijote el clérigo de la corte ducal (II-31 y 32, p.1382) y el castellano que se topa con él en Barcelona (II-62, p.1487).
- 66 (Cfr. II-28). Otro diálogo que muestra la adhesión de Sancho a don Quijote, por encima del interés que suele considerarse la característica fundamental del escudero, se encuentra en II-7. Es obvio que esta adhesión creciente y recíproca entre caballero y escudero campea por toda

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

la obra y que, sobre todo en la segunda parte, se advierte cómo don Quijote va enraizando, más y más, su desconcertada afectividad en la desconcertante —para nosotros— amistad de Sancho. Sancho es incoherente porque tiene fe y no tiene fe en don Quijote. La tiene por admiración y por afecto; no la tiene, por sentido común, y, a ratos, por interés. De ahí que su amistad nos resulte desconcertante, lo cual no impide que sea fiel hasta el fin.

67 La abulia de don Quijote en esta última parte es evidente. Ni inventa ni acomete, y si tiene algunos asomos de sus bríos antiguos, son tímidos y los sofoca de inmediato la realidad. El hidalgo se halla a merced de las voluntades ajenas: Roque Guinart determina que "se le pondría en mitad de la playa" de Barcelona, y el manchego se somete (II-60, p.1483) y es llevado allá, como un niño. En la playa, "quedóse don Quijote, esperando el día, así, a caballo, como estaba." (II-61, p.1484). En la ciudad de Barcelona es objeto pasivo de consideraciones y disimuladas burlas, al mismo tiempo. A todo ello responde con silencio o bien con aquél: "Llevadme do quisiereis: que yo no tengo otra voluntad que la vuestra..." (Ibid. p.1485). Lo "sacan a pasear" a donde quieren y cuando y como quieren (Cfr. II-62, p.1486) y don Antonio Moreno "ordena" lo que se ha de hacer con él (Cfr. Ibid., p. 1491).

68 La mujer de don Antonio Moreno aparece, en el Quijote, como prototipo de esposa perfecta. Es "señora principal y alegre, hermosa y discreta" (II-62, p.1487) y tan enamorada de su marido que, cuando se le da ocasión de hacer una pregunta a la "profética" cabeza de bronce, únicamente dice: "—Yo no sé, cabeza, qué preguntarte; sólo querría saber de ti si gozaré muchos años de buen marido".

69 (Cfr. II-62, p.1487).

70 Es de notar este cambio de actitud de don Quijote después de su derrota. Si antes, a partir del "encantamiento" de Dulcinea, buscaba toda ocasión de distracción y compañía, sin tener en cuenta el tiempo,

D E A L O N S O Q U I J A N O

ahora, al revés, va de prisa y esquivada, siempre que puede, los encuentros. A los labradores, que quieren hacerlo juez de su disputa, da la disculpa que he copiado: "Yo ahora no puedo detenerme un punto etc. . ." (II-66, p.1501); de Tosilos y su charla se aparta luego, con ser, el del lacayo, asunto en el que había intervenido personalmente, y que podía picar su antes viva curiosidad (II-67, p.1502); por la fuerza es llevado nuevamente a la corte ducal y, en cuanto puede, pide "licencia para partirse aquel mismo día" (II-70, p.1512). A través de las últimas páginas del *Quijote* se percibe la dolorosa inquietud del protagonista y su prisa por volver a la tierra y casa que tanto empeño había tenido en dejar .

- 71 Ésta es la tercera gran ocasión en que, a mi modo de ver, Alonso Quijano vuelve por los fueros de la realidad, burlándose de sí mismo y de su loca evasión hacia un mundo ficticio. Dada la razonabilidad intermitente que, cada vez más, va mostrando, y dada su próxima cordura final, la repentina y grotesca invención de vida pastoril resalta, para mí, como un episodio de autoburla, que encaja perfectamente en su evolución hacia el equilibrio psíquico. Advierto gran diferencia entre la invención caballeresca y la invención pastoril de don Quijote. En la primera, él —único y solo— es verdaderamente caballero andante y como tal se toma perfectamente en serio; en la segunda, sólo dice querer *imitar* la vida de un pastor enamorado, en compañía de sus amigos. Bien se ve que no toma en serio, ni a su propia persona, ni a la totalidad de su invención. (Cfr. II-67, p.1503; 73, p.1519 y 1520).
- 72 Son de notar, en las últimas páginas del *Quijote*, los insomnios angustiosos del protagonista, que lo obligan a despertar a su compañero. Antes, don Quijote velaba como caballero mientras Sancho roncaba como escudero; ahora, Alonso Quijano requiere, repetidamente, la vigilia y la compañía nocturna de su amigo: "Durmió Sancho aquella noche... en el mismo aposento de don Quijote, cosa que él quisiera excusarla, si pudiera, porque bien sabía que su amo no le había de dejar dormir a preguntas y respuestas... Salióle su temor tan verdadero... etc." (II-70, p. 1510). Ver también II-68, p.1505 y otros pasajes.

AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL

73 (Cfr. II-72, p.1518).

74 (Cfr. II-72 y 73, p.1518).

75 (Cfr. II-73, p.1520 y II-74, p.1522). El parlamento de don Quijote al ama y la sobrina, cuya idea central he tomado, se complementa en el testamento del hidalgo (II-74) y revela ya el equilibrio afectivo y psíquico en general en que llega a la muerte. Efectivamente, Alonso Quijano, al convertirse en don Quijote, se convirtió en un furibundo egocéntrico y un descabellado alterocéntrico. Ambas características, aparentemente contradictorias, son dos aspectos complementarios de su desequilibrio. Por centrarse demasiado en sí mismo, es incapaz de amar, de darse real y normalmente a otro ser, además de que quiere y cree ser lo que nadie es: un caballero andante, superior a los demás humanos, que los socorre y les tiende la mano. En este sentido es alterocéntrico, aunque en forma desviada y desmedida. Se vuelca hacia los demás, pero esta tendencia excesiva y ostentosa a "desfacer entuertos" es una insana evasión de lo que perturba profundamente su conciencia. Su acción no se da en el plano de la realidad ni en la medida que ésta pide. De ahí que no sea jamás eficaz.

A lo largo de la segunda parte del *Quijote*, y a medida que avanza hacia la cordura, Alonso Quijano va reduciendo a su justa proporción y, simultáneamente, va fusionando ambas características. Así llega a situarse en el equilibrio de la realidad. Dentro de él —logrado apenas en las últimas páginas del libro— ni se devalúa ni se sobrestima y, por otra parte, piensa en los demás y actúa a favor de ellos con mesura, realismo y eficacia. Esto no quiere decir que la grandeza espiritual de Alonso Quijano no enriquezca —a lo largo de toda la obra y a pesar del desequilibrio del hidalgo— los espíritus que rozan con el suyo, estén ellos dentro o fuera, como actores o como espectadores de la gran novela cervantina.

76 En el último capítulo del *Quijote*, Cervantes se ve obligado a reconocer la extraña "facilidad" con que su héroe vuelve "de loco a cuerdo".

D E A L O N S O Q U I J A N O

Esto ocurre después de seis horas de sueño —quizá fueron de semisueño— en las que el hidalgo, vuelto al ambiente en que se incubó su locura, puede haber pasado por la última etapa de una catarsis —por así decirlo— que en él se venía preparando de tiempo atrás. En este final he tenido que inventar, de manera totalmente arbitraria, un posible origen del desequilibrio afectivo del héroe cervantino. Pudo haber sido cualquier otro. De todas maneras, el desequilibrio es evidente y tuvo que tener algún oscuro origen psíquico, aun cuando no fue el propósito de Cervantes indagarlo.

*AUTOBIOGRAFÍA SENTIMENTAL
DE ALONSO QUIJANO*
TERMINÓ DE IMPRIMIRSE EL CINCO
DE JUNIO DE MIL NOVECIENTOS
SETENTA EN LOS TALLERES DE "IM-
PRESIONES, S. A.", EN LA CALLE
MATAMOROS NÚMERO 813 AL ORIEN-
TE EN MONTERREY, MÉXICO. SE IM-
PRIMIERON SEISCIENTOS EJEMPLARES
EN PAPEL FÉNIX ESPECIAL DE 60 KILOS.
LA IMPRESIÓN ESTUVO A CARGO DE
ADALBERTO CERDA GUAJARDO. LA
EDICIÓN FUE DISEÑADA POR MANUEL
RODRÍGUEZ VIZCARRA JR. Y CUIDADA
POR OLGA ELENA E. DE VIZCAYA.

